AUBIN RIEU-VERNET

VENENOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16. — MADRID

PERSONAJES

PEDRO VILLACRUZ, pintor y poeta, unos treinta y cinco años.
ANTONIO VILLACRUZ, industrial, unos sesenta años.
RICARDO, médico, treinta y seis años.
RETAMA, abogado, sesenta y cinco años.
LUIS, militar, cincuenta y un años.
UN CRIADO.
MARGARITA DE VILLACRUZ, treinta y tres años.
LUCÍA SOLANO, treinta y siete años.
CARLOTA VILLACRUZ, cincuenta y siete años.
SEÑORA DE RETAMA, cincuenta y cinco años.
PACA, criada.
JUANA, criada.

(Los años indicados son los que tienen, aproximadamente, cada actor, la primera vez que entra en escena.)

imp. de G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

PRÓLOGO

Estudio de Villacruz. Bocetos de cuadros en las paredes. Algún dibujo sobre los muebles. Una gran mesa de trabajo. Libros en todas partes. Telas sobre alguna antigua banqueta. Flores en un jarrón. Sobre un pedestal, un busto de Miguel Angel. Un caballete con un lienzo a medio comenzar. Una panoplia con armas. Puerta al foro, que es la de ingreso. A la derecha, dos, que dan a las habitaciones interiores de la casa. A la izquierda, amplio ventanal sobre un jardín. En el techo, una cristalera da paso a la luz cenital.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y PACA, *arreglando la habitación.*

MARGARITA

No, no es eso. Quite usted. Verá cómo lo pongo yo. ¿Ve?

PACA

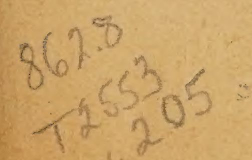
La señora tiene mucho gusto.

MARGARITA

Y esto, así; como si por casualidad hubiese caído sobre el sillón.

PACA

¿Arreglo la mesa?



MARGARITA

¡Por Dios! Buena la haríamos. Ni tocar un papel siquiera.

PACA

No sé cómo el señor no se hace un lío, y encuentra algo cuando lo busca.

MARGARITA

Él sabe dónde está todo; y en este desorden aparente, tiene asignado a cada cosa un sitio preciso y fijo. Trae las violetas. (*Paca coge unas violetas del jarrrón y las entrega a Margarita, que las coloca en un búcaro que hay sobre la mesa.*) En trece años de matrimonio, las flores no faltaron un día en su mesa de trabajo.

PACA

La señora le quiere mucho.

MARGARITA

Mucho.

PACA

Demasiado.

MARGARITA

(*Fingiendo enojo.*) Paca...

PACA

No se enfade la señora, pero es malo querer a los hombres tanto.

MARGARITA

(*Sonriendo.*) Claro, que con tu experiencia de «abuelita», lo sabrás muy bien.

PACA

No; por fortuna, no sé nada de nada; pero sé que todos son iguales. No lo niegue la señora.

MARGARITA

Eso sí que no. ¿Conoces a alguien más bueno y serio que el señor?

PACA

Es verdad. (*Riendo.*) Mas, al verlo jugar todos los días con la señora, nadie creería en esa seriedad...

MARGARITA

(*Alegremente.*) ¡Vamos, que no te gusta eso!

PACA

¡Ni chispa!

MARGARITA

Y esta casa te resulta muy triste, ¿no es verdad?

PACA

Ya lo creo. El señor, cantando en su estudio; la señora, en su cuarto...

MARGARITA

Y tú, en la cocina...

PACA

La casa parece una jaula de pájaros dichosos.

MARGARITA

Y lo somos los dos; pero que no te oiga el señor, porque si se entera que le llamas «pájaro»...

PACA

¡Por Dios, no! Que cuando frunce el entrecejo...

MARGARITA

Tan pocas veces... ¡Vamos, que como el senor no hay nadie!

PACA

Nadie, para la señora...

MARGARITA

Ah, me olvidaba que hay también, en alguna parte, un fogonerito que lo es todo para Paca...

PACA

¡Qué cosas tiene la señora!

MARGARITA

La verdad.

PACA

No, la verdad es que el señor es muy bueno, y yo no lo niego; pero la fija es que, en general, los hombres... (*Se oye el timbre.*)

MARGARITA

Corre, Paca, no sea él.

PACA

En seguida.

MARGARITA

Lo sentiría, porque quisiera que cuando llegase estuviese todo en disposición de recibirle. (*Sale Paca, y Margarita continúa apresuradamente lo que estaba haciendo.*)

PACA

(*Volviendo.*) Es el señorito Ricardo.

MARGARITA

Que entre, que entre.

ESCENA II

RICARDO y MARGARITA

RICARDO

(*Entrando.*) Me anticipé a sus órdenes.

MARGARITA

(*Saliendo a su encuentro, y con alegría.*) Ricardo, triunfamos. (*Estrecha su mano.*)

RICARDO

Cuando supe la noticia, me dió el corazón un salto de júbilo. Aunque esperada, no era por eso menos grata.

MARGARITA

¡Ah, sí! Para mí, ha sido la mayor alegría de mi vida, después de la que recibí al unirme a él.

RICARDO

Pedro vale mucho.

MARGARITA

Pero ¡cuánto han tardado en reconocerlo!

RICARDO

Por eso, el triunfo tiene más valor.

MARGARITA

Es verdad; mas ¡qué penoso ha sido el conseguirlo! ¡Cuántas luchas! ¡Qué calvario hasta llegar a este instante!...

RICARDO

¿Cómo olvidarlo, si hemos vivido juntos muchas de esas horas amargas, allá, lejos de la patria, sostenidos sólo por el entusiasmo?... Yo, todavía, tenía mi profesión, que me daba casi lo suficiente para defenderme mientras estudiaba en los hospitales con los grandes maestros... pero él...

MARGARITA

Fué preciso su voluntad indomable para no flaquear en aquellos años de miseria y estrecheces.

RICARDO

Mientras aquí los suyos vivían cómodamente...

MARGARITA

Es verdad; pero bueno y generoso, lo ha olvidado todo.

RICARDO

Eso, entonces, me indignaba, porque él que había arrostrado el resentimiento de su padre para seguir su vocación, no quiso nunca admitir ninguna ayuda de nadie... ni siquiera la que le brindó más de una vez su madre.

MARGARITA

Sí; ella fué siempre su defensora.... Yo la quiero muchísimo, casi tanto como su hijo.

RICARDO

Y se lo merece todo.

MARGARITA

¡Como que le debo parte de mi dicha! Ella fué la que obtuvo el consentimiento de don Antonio para nuestro matrimonio, ella la que vino a acompañarnos el día de la boda. (*Pausa.*) ¿Recuerda usted?

RICARDO

Como si fuera hoy.

MARGARITA

Y ella, también, la que a nuestra llegada a Madrid, sirvió de lazo para la reconciliación.

RICARDO

Sí... Los que no querían nada con el visionario, con el «pintamonas» como decían, hoy se sienten orgullosos del autor aplaudido y del pintor célebre. Mas no hablemos ya del pasado. Si ayer fueron las fatigas de la lucha, hoy son las dulzuras del triunfo: una medalla de honor en la Exposición Nacional de Pintura, para Pedro, y con ella la gloria y la fortuna... Festejemos el presente.

MARGARITA

En toda la medida que mis fuerzas lo permiten, lo estoy haciendo. Quisiera que la casa, que él ama tanto, fuera toda ella dulzura, alegría, flores olorosas, incienso de amor. No sé... Quisiera convertirla en un altar para nuestra dicha sin nubes.

RICARDO

Ya... ya se advierte. Y aunque nada tengo de poeta, siento el madrigal que representa el trabajo de sus pequeñas manos convirtiendo el nido en santuario. (*En la puerta del foro aparece Pedro,*

que oye las últimas palabras de Ricardo, y avanza sonriente.)

ESCENA III

DICHOS y PEDRO

PEDRO

¿Qué es eso? ¿Conquistas a mi mujer?

RICARDO

Puesto que me has oído no puedo negarlo. ¡Mátame! (*Le abre los brazos, en los cuales se precipita Pedro.*) ¡Al fin!

PEDRO

Sí, al fin.

RICARDO

¿Te acuerdas?

PEDRO

¡No lo he olvidado nunca! El pasado vive en mí con tanta intensidad... acaso con más que el presente. Lo tengo esculpido en el alma a golpes de dolor.

MARGARITA

Os veo emprender el camino del recuerdo... y como no tengo tiempo para acompañaros, os dejo... Me queda mucho que hacer para que la intimidad de nuestra pequeña fiesta sea lo que yo ambiciono.

PEDRO

¡Margarita! (*La estrecha contra su pecho. Margarita se escapa y se aleja saltando como un pajarillo, secándose al mismo tiempo una lágrima.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos MARGARITA

RICARDO

¡Qué buena es!

PEDRO

Como no hay otra. ¿No te da envidia? ¿Por qué no te casas?

RICARDO

No. La mujer es un obstáculo para el triunfo.

PEDRO

Protesto; ya ves Margarita.

RICARDO

Margarita... ¿Y cuántas hay como ella? Alegre como un pájaro, gentil como una muñeca, con el corazón de un niño y el entendimiento de un hombre lleno de experiencia, ha contribuído en mucho a tu triunfo en lugar de entorpecerlo...

PEDRO

Es cierto. Fué mi compañera en las horas de lucha y dificultad. Me alentó en las de duda...

RICARDO

¡Qué pocas habrás tenido!...

PEDRO

Por fuera, quizá, pero en lo íntimo, algunas veces sentí flaquear mi voluntad, y fué en esos instantes cuando ella, que tenía fe en mí, logró sos-

tenerme, alentarme, elevar mi espíritu deprimido, haciéndome de nuevo emprender el camino. Nunca podré olvidarlo y devolverle en dicha lo que hizo por mí en esos difíciles momentos. Esposa, hermana y amiga, pues todo lo es para mí, tengo en Margarita una confianza absoluta, y ningún secreto le guardo.

RICARDO

(*Escéptico.*) ¿Ninguno?

PEDRO

Ninguno.

RICARDO

¿Sabe que Lucía...?

PEDRO

Lo sabe.

RICARDO

¿Y no tiene celos?

PEDRO

¿Para qué? Si está segura que sólo ella existe para mí, y que nadie...

RICARDO

Pues hay que estar ciego para no ver...

PEDRO

Ilusiones. Una buena amiga, visita de la casa...

RICARDO

Que busca todas las oportunidades para encontrarte, desde que apenas frecuentas sus reuniones.

PEDRO

Fué mi alumna. Pinta regularmente, y es tan aficionada a las Artes... Esa es la razón.

RICARDO

Como quieras; pero aparte de esto, me extraña que no haya venido ya a felicitarte.

PEDRO

De seguro que no ha leído aún la Prensa; mas si no viniese se lo agradecería.

RICARDO

(*Intentando sondear el alma de su amigo.*) ¿Es posible?

PEDRO

(*Seriamente.*) No lo dudes... Y si te confesara todo mi pensamiento, te diría que en el fondo de mi espíritu existe cierta adversión hacia ella.

RICARDO

¿De veras?

PEDRO

Sí. Le encuentro una coquetería especial que me desagrada.

RICARDO

(*Riendo.*) Eso es más grave de lo que yo creía. (*Mirando el reloj.*) ¡Demonio! No tengo más remedio que irme; me espera un enfermo.

PEDRO

¿Comerás con nosotros?

RICARDO

Tenía hecho ese propósito aunque no me hubieras invitado.

ESCENA V

DICHOS y PACA

PACA

Señorito: La señora de Solano. (*Pedro y Ricardo cambian una mirada de inteligencia.*)

PEDRO

Que pase.

RICARDO

Ahí la tienes. Adiós.

PEDRO

No, espera un instante.

ESCENA VI

PEDRO, RICARDO y LUCÍA

LUCÍA

¡Oh, amigo! ¡Qué gran alegría! Por primera vez en mi vida hice mi toilette en cinco minutos. Ansiaba el momento de venir a verle. (*Tiende las manos a Pedro.*)

PEDRO

(*Sonriente.*) Gracias.

LUCÍA

No puede imaginarse la impresión que recibí al leerlo. Una alegría tan grande como si fuera algo mío. Y mío era en verdad, puesto que se trata del maestro, de quien me puso en camino, no sólo de comprender la belleza, sino de intentar reproducirla.

RICARDO

(*Adelantándose.*) No sea usted modesta. Si aún no llega al maestro, está en camino de conseguirlo.

LUCÍA

Perdón. Venía tan emocionada que no sé si le saludé al entrar.

RICARDO

(*Irónico.*) Me lo explico.

LUCÍA

¡Qué impresión habrá producido la noticia! ¡Qué júbilo entre los admiradores! ¡Qué diatribas entre los enemigos! La envidia tendrá hoy uno de sus mejores días.

RICARDO

La envidia figura siempre en el cortejo de todo triunfo.

LUCÍA

El cuadro es admirable, desde luego. ¡Una obra maestra!

RICARDO

Aunque soy lego en la materia, en mi opinión, es algo más: una obra genial.

LUCÍA

Tiene usted razón: esa es la palabra.

PEDRO

(*Sonriendo y con cierto embarazo.*) Por favor, basta; no sé oír esos elogios ni los merece la obra, y me abruman con un peso superior a mis fuerzas.

LUCÍA

¡Siempre lo mismo! Esa modestia que tanto le daña, y que le lleva a una vida de casi total alejamiento, es acaso el motivo principal de la tardanza de su triunfo.

PEDRO

Creo que no es entre la gente donde cabe perfeccionarse en ningún arte. Todavía el novelista puede hallar tipos, asuntos, escenas que le sirvan de materiales para su obra. El pintor y el poeta es distinto. En el recogimiento está la fuente de su inspiración, y no deben prodigar un tiempo que luego ha de faltarles si aspiran a hacer algo duradero.

LUCÍA

Pero usted extrema sus principios. No se le ve por ninguna parte. Casi huye de sus amigos. Se aleja del mundo, y para poner en valor ciertas condiciones, es hoy indispensable, no lo olvide usted, actuar ostensiblemente en la comedia humana. Lo contrario se traduce en un desdén de que el mundo se cobra siempre.

RICARDO

Sin embargo, ya ve usted que Pedro triunfó.

LUCÍA

Sí; pero con otra táctica hubiese triunfado mucho antes, y si no la varía, no sacará de la victoria las ventajas que debiera.

PEDRO

Tal vez tenga razón, pero es una cuestión de carácter. Además, yo creo que una parte del éxito en la vida, la constituye el permanecer fiel al temperamento. Los que le traicionan, fracasan siempre.

LUCÍA

Diré a usted...

RICARDO

(*Interrumpiéndola.*) Perdón por la descortesía, pero iba a marchar cuando usted llegó. El encanto de su persona y de su charla me detuvieron, y veo que voy a llegar tarde a una cita.

LUCÍA

(*Con ligereza.*) Si no es con una mujer, no importa.

PEDRO

En ese terreno sí que no es usted mi discípula. Se debe ser siempre esclavo de la palabra, sea para lo que sea, y háyase dado a quien se la haya dado.

LUCÍA

(*A Pedro.*) Fué una broma para retenerle un poco más entre nosotros.

RICARDO

Se lo estimo mucho, pero no puedo. A los pies de usted, señora. Hasta luego, Pedro.

ESCENA VII

DICHOS, menos RICARDO

LUCÍA

(*Después de unos momentos de silencio, con lentitud.*) No sé si hago bien en quedarme, cumplido el deber de expresarle mi satisfacción por su triunfo.

PEDRO

¿Por qué dice usted eso?

LUCÍA

¿No lo sabe?

PEDRO

No, por cierto.

LUCÍA

¿De veras?

PEDRO

Se lo aseguro.

LUCÍA

Pues se lo diré, aunque, en realidad, no debiera. (*Pausa.*) Parece que, de algún tiempo a esta parte, rehusa usted encontrarme.

PEDRO

¡Qué ocurrencia!

LUCÍA

No va usted por casa...

PEDRO

Me falta materialmente tiempo.

LUCÍA

Para ir allá; pero no para ciertas visitas, para pasar horas enteras en el estudio de algún otro discípulo (*intencionadamente*) o discípula.

PEDRO

No lo crea.

LUCÍA

Estoy perfectamente enterada; sé su vida al día, al minuto.

PEDRO

(*Sonriendo.*) ¿Soy, pues, objeto de una vigilancia?

LUCÍA

La casualidad es a veces tan oportuna... (*Pausa.*) Hay más. No sólo ha dejado usted de ir por casa, sino que también se aleja de todos los sitios donde antes solíamos encontrarnos.

PEDRO

Es también la casualidad quien así dispone las cosas.

LUCÍA

¿Tiene usted algún agravio de mí? ¿Le he ofendido sin querer? Pues ejerza las prerrogativas a que su triunfo le obliga, para indultarme. (*Con frivolidad y coquetería.*)

PEDRO

¡Qué cosas dice usted! Ni agravios, ni ofensas, ni alejamientos.

LUCÍA

¿De verdad?

PEDRO

¿Puede dudarlo?

LUCÍA

Pues una prueba. (*Pausa.*) Ya sabe usted que soy una mujer práctica...

PEDRO

(*Sonriendo.*) Si yo se lo dijera, estoy seguro de que me oiría con desagrado, aunque en el fondo es muy exacto.

LUCÍA

Pues bien; práctica o no... me atengo a aquello de que obras son amores y no buenas razones.

PEDRO

Diga.

LUCÍA

(*Se le acerca y le mira intensamente.*) Tiene usted una deuda conmigo.

PEDRO

No recuerdo.

LUCÍA

Un retrato. Ofreció usted hacerme un retrato...

PEDRO

Cierto.

LUCÍA

¿Lo cumplirá usted?

PEDRO

Desde luego, pero en estos momentos tengo el trabajo escalonado en tal forma, que no dispongo de una hora.

LUCÍA

Excusas. Indudablemente es que el modelo ya no le es grato.

PEDRO

Lucía...

LUCÍA

¿No? Pues niégueme, si se atreve, esto: No hace mucho tiempo era su discípula predilecta, su confidente... artístico. Pasábamos las horas sin sentir, charlando de arte. Me comunicaba sus proyectos, sus esperanzas, sus ilusiones, como a un camarada. Todo eso pasó. ¿No es así?

PEDRO

No puedo negarlo. El terminar mi obra requirió un esfuerzo que absorbió todo mi tiempo.

LUCÍA

No es eso sólo. Era usted uno de los más asiduos concurrentes a casa. Ahora, transcurren las semanas, y si yo (*Subrayando intencionadamente la frase.*), que siento veneración por el maestro, no hiciera por verle, no nos veríamos jamás.

PEDRO

Repito a usted que al terminar el cuadro fué mi obsesión durante todo ese tiempo. Sólo por él y para él viví.

LUCÍA

Entonces, ahora, cambiarán las cosas. ¿No es así?

PEDRO

Ya le dije...

LUCÍA

De otro modo, pensaré que se trata de una negativa, y que rehusa su amistad a su antigua discípula.

PEDRO

(*Con viveza.*) Eso, nunca.

LUCÍA

Cuento, pues, con el retrato.

PEDRO

Tan pronto pueda.

LUCÍA

No. (*Con cierto despecho.*) No hay miedo a que usted se comprometa si no está dispuesto a ello; tiene en su sonrisa un arma invencible.

ESCENA VIII

DICHOS y DON ANTONIO (*Por el foro.*)

DON ANTONIO

¡Pedro! (*Se abrazan. A Lucía.*) ¿Cómo va, señora?

LUCÍA

Contenta como nunca con la consagración de su hijo, de mi maestro.

DON ANTONIO

Es para estarlo. (*A Pedro.*) Llegó tu continental invitándonos, a renglón seguido de leer la noticia. Hubiéramos venido de todos modos, aunque realmente no estoy bien.

PEDRO

¿Qué le pasa a usted?

DON ANTONIO

No lo sé. No puedo explicarlo. Flaquean a veces mi cuerpo y mi espíritu.

LUCÍA

(*Amablemente.*) A juzgar por su exterior, nadie lo diría. Cada vez está usted más joven. (*Dirigiéndose a Pedro.*) ¿Verdad, Pedro? (*Pedro contesta con una sonrisa y un ligero encogimiento de hombros, indicando una duda cortés.*)

DON ANTONIO

(*A Lucía.*) Es usted muy amable... Mas lo que digo es cierto.

PEDRO

Pues hay que dominarse, papá. Es necesario poner en acción la voluntad, y vencerlo todo... todo: el cuerpo y el alma.

LUCÍA

Su eterno himno a la voluntad...

PEDRO

¡Ah! Sí. Un himno cuyas notas son minuto por minuto mi vida. Un himno que quisiera poder traducir en estrofas que electrizaran, poniendo en

conmoción las invencibles fuerzas secretas de que todos somos poseedores.

LUCÍA

(*Con cierta ironía.*) Usted tan ponderado, se exalta cuando trata de esa famosa facultad.

PEDRO

Porque a ella se lo debo todo.

LUCÍA

¿Y no es usted ingrato con su sensibilidad y su imaginación?

PEDRO

¡Basta de flores, Lucía! Además, ¿de qué servirían los mayores tesoros, si quedasen ocultos o improductivos por falta de una fuerza que los transformara en actos y en vida?

DON ANTONIO

No hablarás con ese entusiasmo cuando tengas mi edad.

PEDRO

¿Por qué no? ¿Qué importa el color de los cabellos?

LUCÍA

¡Cierto! Se tiene siempre la edad de su corazón...

DON ANTONIO

(*Con satisfacción.*) En esto estoy con usted.

PEDRO

Sí; pero, sobre todo, se tiene la edad de su cerebro, de sus entusiasmos y de sus optimismos.

DON ANTONIO

En cuanto a los últimos, ya verás cómo la vida te los destruye...

PEDRO

No; no es la vida. Es uno mismo que, a veces, por comodidad o cobardía, se declara vencido o agotado.

DON ANTONIO

(*Mirando a Lucía.*) O se hecha en el surco, indiferente a todo lo que pase...

PEDRO

¡Qué fatalismo más incomprensible! Usted, padre, no tiene derecho a hablar así. Está en condiciones de sobreponerse a esos fugaces decaimientos, y tiene el deber de hacerlo.

LUCÍA

¡Qué fuerte ha amanecido usted hoy!

PEDRO

Es que quisiera transmitirle mi vigor y mi resistencia. ¡Si fuera tan fácil una transfusión de energía como de sangre!

LUCÍA

(*Acentuando su ironía.*) Inténtelo; pero, mientras tanto, yo voy a dejarles.

DON ANTONIO

¿Quiere usted que la lleve? Tengo el coche abajo.

LUCÍA

No se moleste.

DON ANTONIO

Usted sabe que no es molestia.

LUCÍA

(*Da la mano a Pedro.*) ¿Irá usted el miércoles por casa?

PEDRO

No se lo prometo.

LUCÍA

(*Insistente.*) Estará la plana mayor de nuestros artistas...

PEDRO

No sé, no sé.

LUCÍA

(*Con un gesto de resignación.*) Bien. Adiós.

DON ANTONIO

(*A Pedro.*) Hasta ahora.

PEDRO

(*Sin poderse contener.*) Pero ¿al fin se marcha?

LUCÍA

(*Con malicia.*) Me lo llevo en rehenes.

DON ANTONIO

¿Cómo?

LUCÍA

Se ha vuelto muy malo para mí. No quiere hacerme un retrato que me prometió. Y si no me lo hace, me quedo con usted. (*Se dirigen hacia la puerta de salida. Pedro les acompaña. Al salir, aparece Ricardo.*)

ESCENA IX

DICHOS y RICARDO

RICARDO

(*Saludando a don Antonio.*) ¿Cómo va, señor?

DON ANTONIO

Muy bien.

RICARDO

¿De veras? Lo celebro en el alma.

PEDRO

No lo creas. Responde por fórmula; acaba de decirme que tiene instantes en los cuales se halla muy deprimido.

RICARDO

(*Jovialmente.*) Claro; no hace caso de los consejos de la Ciencia.

LUCÍA

Luego tendrán tiempo de reñirle. Ahora, me lo llevo.

RICARDO

¿No come usted con nosotros?

DON ANTONIO

Sí. Dentro de cinco minutos estaré aquí. Lo que tarde el coche en llevar a Lucía a su casa y regresar.

RICARDO

Hasta ahora, entonces.

DON ANTONIO

Adiós.

ESCENA X

RICARDO y PEDRO

PEDRO

(*Con un dejo de amargura.*) La felicidad es una quimera en la vida.

RICARDO

¿Por qué dices eso?

PEDRO

¿Te has fijado en la actitud de mi padre con Lucía?

RICARDO

(*Sonriendo.*) ¿Tienes celos?

PEDRO

No es cosa de broma. Le veo entregado a pensamientos e ilusiones que no pueden traerle mas que consecuencias desagradables.

RICARDO

No te preocupes. Ya sabes que es hombre avezado en las lides amorosas.

ESCENA XI

DICHOS, MARGARITA y DOÑA CARLOTA

MARGARITA

(*Entrando del brazo de doña Carlota.*) ¡Pedro! ¡Pedro! Mira quién te traigo.

PEDRO

(*Yendo hacia su madre.*) ¡Mamá!

DOÑA CARLOTA

Hemos llorado de alegría.

MARGARITA

Y papá, ¿no ha venido?

PEDRO

Sí; pero tuvo que salir un momento.

MARGARITA

¡Se ha marchado! ¡Oh, qué contratiempo! La comida esperando y se va. ¡Y para eso he trabajado yo tanto!

RICARDO

Será cuestión de unos minutos.

MARGARITA

Los bastantes para que mis esfuerzos se malogren. (*Golpeando el suelo con el pie y con un gesto infantil.*) ¿Y por qué se ha ido, vamos?

PEDRO

Tuvo que acompañar a la señora de Solano.

DOÑA CARLOTA

¿A esa señora?... Pues entonces hay para rato.

MARGARITA

Es cosa de echarse a llorar.

RICARDO

No, Margarita. Hoy no se llora.

MARGARITA

Tiene usted razón, y mucho menos por esa dama. Pero aunque no se llore, tampoco se comerá.

RICARDO

Se comerá, y se comerá a tiempo. Mientras usted acaba de disponer la mesa, yo traeré a don Antonio.

MARGARITA

¿De veras?

RICARDO

Ahora mismo voy por él.

MARGARITA

De buena gana le daba un abrazo. (*A su marido.*) ¿Ves? ¿Ves qué bueno? Así debían ser todos tus amigos. ¡No que tienes una pandilla de antipáticos!...

RICARDO

Hasta ahora mismo.

MARGARITA

Mientras usted trae al padre pródigo, yo voy a terminar de arreglar la mesa. ¿Viene usted, mamá? Pero no, sería un poco egoista arrancándola ahora del lado de Pedro. (*Dirigiéndose a Ricardo.*) ¡Oh, qué bueno, qué buenísimo es usted!

RICARDO

¡Qué buenos somos todos cuando complacemos a los demás!

ESCENA XII

DICHOS, menos RICARDO y MARGARITA

DOÑA CARLOTA

¡Qué suerte has tenido con ella, hijo! Cuídala, atiéndela. No sabes lo que vale el tesoro de su ingenuidad luminosa.

PEDRO

¡Oh, sí! Lo sé y lo aprecio en todo su valor.

DOÑA CARLOTA

No lo olvides nunca. (*Conteniendo sus lágrimas.*) Los hombres sois muy dados a olvidar.

PEDRO

¿Qué le pasa a usted, madre?

DOÑA CARLOTA

(*Rompiendo a llorar.*) ¡Oh, hijo mío! Esa mujer me persigue.

PEDRO

(*Fingiendo extrañeza.*) ¿Quién?

DOÑA CARLOTA

Lucía.

PEDRO

¿Qué dice usted?

DOÑA CARLOTA

Pero ¿no te has dado cuenta de su juego con papá?

PEDRO

(*Tratando de tranquilizarla.*) Ciertamente que no... Es más, me resisto a creerlo...

DOÑA CARLOTA

Pues no lo dudes. Su influencia llega al extremo de venir a arrebatármelo un día como hoy.

PEDRO

Pura casualidad. Y, además, vuelve en seguida.

DOÑA CARLOTA

¡Casualidad!... ¡Casualidad! ¿También tú crees en ella, cuando se repite una y otra vez?

PEDRO

¿Por qué no? Hoy, yo he sido testigo... (*Cariñoso.*) Así, que nada de lágrimas, madre...

DOÑA CARLOTA

(*Seca sus lágrimas. Se repone.*) Perdóname, hijo... ha sido más fuerte que yo... Mi corazón de esposa me ha hecho olvidar que soy madre... y no debía turbar tus alegrías de hoy... Pero mis angustias son tales... Perdóname.

PEDRO

(*Cariñoso.*) ¿Perdonarla, madre? ¿Y a quién va a confiar sus penas sino a su hijo querido, que adora en usted, y sufre al verla sufrir... aunque sea sin razón?... Créame, hay que desechar todas esas ideas.

DOÑA CARLOTA

¿Desecharlas, cuando lo veo alejarse cada día más de mí?...

PEDRO

(*Queriendo tranquilizar a su madre.*) En eso, también se equivoca usted. Papá no tiene para Lucía más que las galanterías naturales en su temperamento... Lo sé; me consta.

DOÑA CARLOTA

Te engañas.

PEDRO

Es usted quien se engaña. Su cariño le hace ver las cosas con exageración... deformadas...

DOÑA CARLOTA

¡Si fuera cierto!...

PEDRO

Lo es... No lo dude.

DOÑA CARLOTA

Quisiera creerte, necesito creerte... Pero la realidad es otra. (*Vencida otra vez por la emoción.*) No hay remedio para él ni para mí, condenada a pasar en la desesperación los últimos años de mi vida.

PEDRO

(*Muy conmovido, calla un instante. Después, como resultado de un proceso mental, toma una resolución.*) ¡Vamos, vamos, sosiéguese! Repito que no tiene usted razón, pero, de todos modos, voy a hacer para que desaparezcan hasta las sombras de esas inquietudes.

DOÑA CARLOTA

¿Y cómo?

PEDRO

Lo ignoro; mas usted sabe que no prometo nada en vano... y le aseguro que le devolveré su buen compañero, y que la tranquilidad y la dicha tornarán a su lado.

DOÑA CARLOTA

¡Hijo mío... si tú hicieras eso!... ¡Si tú hicieras eso!... (*Le abraza sin poder ya contener sus lágrimas.*)

TELÓN

ACTO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado. Al foro, una gran puerta, que es la de entrada, con una espesa cortina. A la derecha, otra que da acceso a la biblioteca y otras habitaciones de la casa. En la izquierda, un gran cierre con algunas macetas. Inmediato al cierre, y en el mismo lado de la izquierda, una consola, sobre la cual descansa un gran espejo. Cerca, una mesita con algún objeto de arte y una cajita de metal con cigarrillos. A la derecha, en segundo término, una mesita, un sofá, dos butacas. Al lado, otra mesa, de estilo, con algún objeto artístico. Pende del techo una gran lámpara. Algún cuadro en las paredes. En el suelo, una alfombra espesa. Por el cierre abierto, entra la luz a raudales.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y PEDRO

Al levantarse el telón, Pedro, inclinado sobre la mesa de despacho, escribe febrilmente. Unos instantes después, airado, tira la pluma y aleja las cuartillas. Lucha en vano por dar forma a determinadas escenas de un drama que germina en su cerebro y atormenta su corazón. Las ideas no acuden. Su pensamiento está en otra parte, y son inútiles sus esfuerzos para dominarlo. Un puño crispado, una mano sobre los ojos, todo en su gesto revela la lucha interior que sostiene y su contrariedad.

Entra Margarita, que viene a despedirse antes de marchar a sus devociones. Llega hasta él, que no la siente aproximarse. Posa suavemente una mano sobre su hombro. Inclina su cabeza sobre la de él, y pregunta cariñosa:

MARGARITA

¿Duermes?

PEDRO

No te sentí llegar.

MARGARITA

No quise marchar sin decirte adiós, como siempre. (*Pausa.*) Además, hemos tenido carta de papá. (*Se la entrega.*)

PEDRO, *pasa los ojos por ella. Tiene un gesto de disgusto.*

A pesar del afecto con que le cuida tía Lola, sus energías van disminuyendo cada día más. (*Continúa leyendo unos segundos.*) ¡Pobre! El recuerdo de mamá le tortura. Se da cuenta de todo lo que la quiso, ahora que la ha perdido.

MARGARITA

Siempre pasa igual.

PEDRO, *tristemente.*

Me temo siga el mismo camino.

MARGARITA, *queriendo tranquilizarle.*

No. La vida sedante del campo conseguirá reponerlo. Créeme.

PEDRO, *un gesto de duda.*

¡Quería tanto a mamá!...

MARGARITA

Sí... Como queréis los hombres... (*Amargamente.*) Con egoísmo .. Sin pensar en la siembra de dolores que a veces dejáis para los demás...

PEDRO

Bien lo pagamos..., no creas... (*Pausa.*) Por eso sufre tanto ahora.

MARGARITA, *a media voz, como hablando a sí misma.*

El remordimiento..., que siempre envenena esos cariños tardíos.

PEDRO, *la mira con afectuosa reconvención, y después de unos segundos.*

¡Tal vez!

MARGARITA

Y otra idea también debe amargarle... (*Pausa y sin mirarle.*) ¿Tú crees que él no sabe a quién debió esa derrota que tanto le afectó?

PEDRO, *con un brazo, rodea el talle de Margarita, y con un tono de súplica cariñosa.*

¡Márgara! (*Se miran unos instantes.*)

MARGARITA, *continúa siguendo su idea.*

Tienes razón... No hablemos de nada... Suframos en silencio... Lloremos, ocultando nuestras lágrimas... ¡Oh, sí! Ella, tu madre, es la única digna de envidia.

PEDRO, *hace un gesto de duda y desaliento.*

Quizás.

MARGARITA

No lo dudes. Ya no sufre; descansa y ora por nosotros. (*Pausa.*) ¿Tú, no saldrás?

PEDRO, *contento de cambiar de tema, y con tono que va animándose.*

No. Quiero acabar estas escenas, que me tienen desesperado... No acierto a darles forma... La palabra y el concepto, antes tan dóciles a mi manda-

to, ahora se rebelan..., y no consigo decir lo que pienso y lo que quiero...

MARGARITA

No es extraño.

PEDRO

¿Por qué?

MARGARITA

Ya lo sabes... Es muy difícil coordinar las ideas cuando el alma está ausente..., y ahora, mi pobre Pedro, sólo tu cuerpo está aquí. (*Pedro tiene un ligero ademán de cabeza y de hombros, significando: «¿Qué quieres que le haga?» Tira la pluma con desaliento, apoya un segundo la cabeza en su mano derecha, y se levanta sin contestar.*)

MARGARITA

No te enfades... No te culpo por ello... No se puede mandar al corazón.

PEDRO

¿Qué quieres decir?

MARGARITA

Nada que no sepas. (*Y no pudiendo contener las angustias que la atormentan, exclama con dolor y exaltación:*) ¿Crees que no he leído, día tras día en tu alma, las inquietudes y padecimientos que te ha causado y te causa a diario esa mujer...? Hubiera debido alegrarme, pensando que así volverías a mí... ¡Pero no!... Te quiero tanto, que la maldecía y la maldigo por hacerte sufrir.

PEDRO

¡Por favor..., calla...! Tú, tan buena como pru-

dente, ¿no ves que ese tema... en tu boca..., que esas palabras...?

MARGARITA

No es un reproche, Pedro..., no es un reproche, pero sufro tanto al ver que vas olvidándome poco a poco a mí, que daría sin vacilar mi vida por ti. (*Con pasión.*)

PEDRO

Ya sabes que no es exacto..., que nunca podré olvidarte.

MARGARITA, *niega con la cabeza y sigue con su idea.*

Yo, la compañera de los días amargos...

PEDRO, *la mira con cariño.*

Y también de los buenos, pues lo serás siempre.

MARGARITA, *con anhelo.*

¿Es verdad? ¿Volverás a mí?

PEDRO

No me has perdido nunca... No seas niña. El sitio que ocupas está por encima de todo..., y nada ni nadie podrán quitártelo...

MARGARITA, *asiente ligeramente con la cabeza, y con desaliento y tristeza, exclama:*

Pero ahora eres el hermano. Cariñoso, sí..., pero sólo el hermano..., y el amor es para ella...

PEDRO, *coge sus manos, la mira con ternura, y después de un instante de silencio:*

¿Me permites que vaya a trabajar un poco al estudio?

MARGARITA, *con desaliento.*

Ve. (*Pedro va a marchar, se detiene, se vuelv hacia Margarita y la besa cariñosamente en lo ojos. Ella le estrecha con ansia.*)

PEDRO

Ya sabes que seré siempre tu Pedro..., tu Pe dro, como siempre. (*Conmovidos los dos, no aña den palabra, y Pedro sale por la derecha.*

MARGARITA, *le sigue con la vista, y cuando ha des aparecido, a media voz, con angustia y pasión*

Sí..., mas el amor es para ella..., y yo..., es t amor lo que quiero..., como antes. (*Luego se di rige a la mesa, coge las cuartillas que dejó Pe dro. Lee un instante, y añade:*) ¡Quince días co la misma escena! (*Vuelve a dejarlas sobre l mesa. Se dispone a salir.*)

ESCENA II

MARGARITA y PACA, que entra; después, RICARD

PACA

El señorito Ricardo.

MARGARITA

Que pase, y avise al señor.

RICARDO, *entrando.*

¡Tan de mañana a la calle!

MARGARITA

Como siempre. La hora de misa.

RICARDO

Es verdad. (*Sonriente.*) Se me olvidan las cosas de una vez para otra.

MARGARITA

Y me alegro de haberle visto antes de marcharme, pues no sé a qué hora volveré.

RICARDO, *con extrañeza amistosa.*

¿Cómo así?

MARGARITA

Es el día de mis pobres, y son ellos los que deciden, ocupándome la mañana casi por entero.

RICARDO

Siempre tan buena... ¿Y cómo van esos ánimos?

MARGARITA

Ya puede usted imaginárselo. (*Con amargura.*) No consigo olvidar a mamá (*Después de una ligera vacilación, y bajando la voz*) ni acostumbrarme a lo que usted sabe.

RICARDO

Lo comprendo.

MARGARITA

¡Cuántas veces, en medio de las satisfacciones materiales que me rodean, echo de menos los días de lucha, en que Pedro era mío, sólo mío!

RICARDO

Volverá a serlo.

MARGARITA

No lo crea, Ricardo... (*Aproximándose a este

último, y en un tono de desengaño y de confi-dencia.) En su egoísmo de hombre y de enamora-do no ve cuánto sufro.

RICARDO, *mismo tono confidencial.*

Lo ve, y eso es para él otro motivo de sufri-miento.

MARGARITA

No; ya no soy nada para él.

RICARDO

Está usted en un error. Él tiene por usted la misma devoción que siempre. Yo soy su amigo, su único amigo. Una amistad de veinticinco años. Soy, por tanto, su confidente, y sé, me consta, qué cariño, qué admiración siente por usted.

MARGARITA

Quizá; pero el cariño y la admiración no son el amor. Y yo, lo sabe usted (*Vacilando y con ru-bor.*), le amo siempre, le amo a pesar de todo.

RICARDO

Hay que tener esperanza, Margarita.

MARGARITA

Tantos años esperando el momento de realizar mis sueños, y cuando le creía llegado (*Con odio y después con dolor*), esa mujer echó todas mis ilusiones por tierra. (*Reponiéndose.*) Usted, a pesar de su amistad, no conoce enteramente el fondo de nuestra vida. (*Acentuando el tono con-fidencial.*) Más que su esposa, yo he sido su co-laboradora, su hermana. He luchado con él para llegar a la conquista del éxito, y si en algunas ocasiones la ternura de la mujer enamorada recl-

ıaba sus derechos, él me decía: ten paciencia, guarda, déjame luchar, y cuando llegue el triun-), como seremos jóvenes, aún podremos disfru-ır de la vida, y tendrás una compensación a tus rivaciones de ahora. ¡Ya ve usted la compen-ıción!

RICARDO

Es sensible, pero no irremediable, Margarita. epito a usted las palabras que le dije desde el rimer momento en que me confió sus dudas y ıs desvelos. Ya no niego, porque sería pueril el egar...

MARGARITA

Ni debió usted negar al principio, cuando yo im-loraba de su afecto una confesión de la verdad.

RICARDO

Mi deber era callar, y si todos hubiesen hecho ı mismo...

MARGARITA, *con amargura.*

A todos les faltó tiempo para darme la mala no-cia. En una forma o en otra, amigos y amigas, ırece que se concertaron para destruir mi tran-ıilidad y mi dicha: «¡Qué traje más bonito lleva-ıs ayer en las carreras! Como te vi de lejos, no e dió tiempo a saludarte». «Ya te vi ayer con tu arido en El Escorial. Me di cuenta cuando rancó el rápido». Al principio, negaba, protes-ba. Después, acabé por asentir para no dar el ısto de verme padecer a quienes, quizás con in-nciones malévolas, me hablaban. ¡Oh, Díos mío, ıántas lágrimas he derramado!... (*Está a punto e llorar.*)

RICARDO

Por Dios, Margarita, no llore. No es ese el ca-

mino. Va usted a envejecer, dando armas al enemigo. Y a los hombres se nos conquista con la belleza y la alegría. Hay que dominarse, aunque no sea mas que pensando en eso.

MARGARITA

Tiene usted razón, pero no puedo. Mi dolor es más fuerte que yo.

RICARDO

Además, estamos en vísperas del triunfo.

MARGARITA

No lo creo. Llevo diez años esperándolo y ya no confío en él.

RICARDO

Pues nunca estuvo más cerca que ahora. A pesar de su pasión, él es fuerte, y tiene un concepto de la dignidad varonil que no consentirá ciertas cosas. (*Pausa, y con gravedad.*) Yo tengo la evidencia de que esa mujer le engaña.

MARGARITA, *sin pasar a creerlo.*

¿Es posible?

RICARDO

Y estoy seguro de que la certidumbre traerá el rompimiento, pero necesito de usted para consolidarlo. Es preciso que sea con él más dulce, más amable que nunca, que haga por olvidar, que olvide usted, y le hable como cuando, juntos, empezaron a luchar y a sufrir.

MARGARITA

Lo haré, lo haré. (*Dentro se oye la voz de Pedro. Margarita, señalando la puerta, y con un gesto de silencio.*) Ahí viene.

ESCENA III

DICHOS y PEDRO

RICARDO, *a Pedro que entra.*

No me agradezcas la visita. He aprovechado tra que acabo de hacer aquí, al lado, a un nuevo nfermo, para subir unos instantes.

PEDRO

Pues llegas muy bien. Yo también quiero conultarte.

RICARDO, *jovialmente.*

¿Qué te pasa?

PEDRO

No lo sé. Mi memoria flaquea, y siento una deilidad extraña, que me molesta.

MARGARITA, *a Ricardo.*

Es natural. Trabaja demasiado. Se acuesta a nas horas absurdas...

RICARDO

Pues no debes hacerlo. Tienes tu cerebro soıetido a una tensión que no resistirás mucho empo. Te conviene dejarlo todo, y descansar na temporada. Ya te lo he dicho varias veces.

MARGARITA, *a Ricardo.*

Yo también se lo vengo diciendo. Ayúdeme. 4 *Pedro.*) Di, ¿quieres que vayamos a pasar esıs fiestas lejos de Madrid?... ¿En Andalucía, omo me lo tienes prometido?

RICARDO

Buena idea... ¿Por qué no lo haces?

MARGARITA

Y no te daré mucho que hacer. Callaré, ¿sabes? Hablaré muy poquito, y te mimaré mucho, como si fuéramos en viaje de novios.

PEDRO, *cogiéndole las manos.*

Margarita... Te lo prometo, pero más tarde... Ahora no puede ser.

MARGARITA, *con tristeza.*

Más tarde... siempre más tarde... (*Hay una pausa embarazosa, a la que Margarita pone fin diciendo:*) Cuando nuestros cabellos y nuestra sangre sean nieve... Bien, os dejo. Tendréis que hablar, y yo voy a llegar tarde.

ESCENA VI

DICHOS, menos MARGARITA

RICARDO *la mira con pena, y después a Pedro, abstraído, alejado de donde se halla. Al fin, rompe el silencio.*

Acabo de leer un relato que por el sitio que indica y demás detalles, temo se refiera a ti.

PEDRO, *alarmado.*

¿Qué dices?

RICARDO

¿No tuviste ningún mal encuentro ayer?

PEDRO

Por desgracia, sí. ¿Y se ha hecho público? ¡Qué contrariedad!

RICARDO

No temas. El periodista ha sido discreto. No da ningún nombre, y sólo reconocerán a los protagonistas los que están enterados. Lee. (*Le da un diario.*)

PEDRO, *lee.*

«La perilla de don Juan.» Vaya un título.

RICARDO

Sigue.

PEDRO, *leyendo.*

«Un ex subsecretario de perilla grisácea venía paseándose... (*Recorre rápidamente con la mirada el relato, después sigue en voz alta.*) Dícese que sentía fuego de colegial encendido por las miradas de la dama. Pasaba y repasaba, como un estudiante, don Juan, y nunca advirtió nadie, ni el mismo ex subsecretario, que la dama respondiese a los obsequios, a las sonrisas del encanecido caballero.» (*A Ricardo.*) Así se escribe la historia.

RICARDO

Escríbase de una manera o de otra, el hecho es que has cometido una imprudencia más.

PEDRO, *resentido.*

¿Una imprudencia más?

RICARDO

Sí, Pedro. Una imprudencia más, porque larga serie de imprudencias imperdonables es la constante exhibición de tus amores con esa señora.

PEDRO

Exageras mucho. Además, ¿no puede un hombre pasearse con una amiga?

RICARDO

Con una hoy y con otra mañana, sí; pero con una siempre, y a todas horas, y en todas partes... tú mismo comprenderás.. .

PEDRO

Ves las cosas bajo un aspecto totalmente alejado de la realidad.

RICARDO

Ya sabes que no; y por si no fuera bastante, a esas ligerezas añadiste ayer otra aún más grave. ¿Con qué derecho fuiste a la puerta de esa dama a provocar un escándalo?

PEDRO

Tú no estás enterado, ni has querido nunca. Yo no fuí a provocar ningún escándalo.

RICARDO

Pero surgió, ¿no es eso?... Y tú, tan ponderado, te dejaste arrebatar.

PEDRO

Te equivocas. Fuí deliberadamente, y dije sólo dos frases, en voz baja, a dicho caballero, para que cesara de comprometer a Lucía con sus paseos por delante de su casa. Si el asunto adquirió otras proporciones, fué culpa suya.

RICARDO

Todo eso va a llevarte muy lejos, Pedro, y yo no

lo quisiera. ¿No ves que la pendiente en que te deslizas, dado tu carácter, es muy peligrosa para ti? ¡Cuántas veces he maldecido el instante en que te interpusiste entre tu padre y Lucía!

PEDRO, *sordamente.*

Era mi deber.

RICARDO

Tal vez. Pero ¡qué caro te ha costado su cumplimiento!

PEDRO

Nunca hubiera pensado lo que ha ocurrido, ni me lo explico.

RICARDO

Hay cosas con las que no se puede jugar... Ya lo has visto... (*Pausa.*) Devolviste la paz y la tranquilidad a tu pobre madre, mas haciendo tu desgracia... y, lo que es más sensible, la de tu mujer.

PEDRO

Esa es mi tortura, pues ya sabes el profundo cariño que tengo por ella.

RICARDO

Además, ya no eres el mismo. No escribes... Tus cuadros están sin terminar... Tu genio creador aletargado... Tus triunfos se han interrumpido... Tu porvenir está amenazado... y eso no debe perdurar más tiempo.

PEDRO

Es verdad. No pienso más que en ella. Todo esfuerzo me es imposible. Me preocupa y me absorbe tanto, que no puedo acometer ninguna em-

presa, coger la pluma ni tomar el pincel sin que su silueta se interponga...

RICARDO

Para hacerte sufrir.

PEDRO

¿Por qué ocultártelo, puesto que has adivinado tantas cosas, y en momentos de angustia y desesperación te he abierto mi alma y me has confortado con tu amistad? (*Se sienta con abatimiento.*)

RICARDO, *acercándose a él.*

Esto no puede seguir así, Pedro. Debes poner a prueba tu voluntad, y dado todo lo que ocurre, romper definitivamente.

PEDRO

No puedo.

RICARDO, *sentándose.*

¡No puedes! ¡Cuántas veces hemos convenido en que se puede lo que se quiere!

PEDRO

Sí; pero con ella no comprendo lo que me pasa. A pesar de lo que he sabido, he visto y he deducido, basta que me diga que su conciencia no le reprocha nada...

RICARDO

Hay conciencias muy elásticas.

PEDRO

Cierto; y, sin embargo, basta que me afirme que me quiere, que yo soy su único amor, que lo demás son sólo amistades, para que la crea...

RICARDO

¡Amistades! ¿Por qué, entonces, las oculta? ¿Sabes dónde la he visto, hoy mismo? (*Denegación por parte de Pedro.*) Pues en el Retiro. En el Angel Caído, buen sitio, por cierto. Y no iba sola...

PEDRO

¿Qué dices?

RICARDO

Que la acompañaba Retama.

PEDRO

¿Después de la escena de ayer? No es posible.

RICARDO

Probaba el nuevo coche, y al dar la vuelta a la glorieta le vi aparecer, yendo impaciente de un lado a otro. Deduje el resto, y quise cerciorarme, por ti. Efectivamente, poco después, ella subía de Alfonso XII. Y allá se estuvieron hasta las dos de la tarde, que salieron por Lagasca, entusiasmados como dos tortolitos, y bien ajenos de que yo observaba sus gestos, sus sonrisas y sus apretones de mano.

PEDRO

¿Dos horas dices? ¿Estás seguro?

RICARDO

Puesto que lo vi yo... Pero si aún dudas, pregúntaselo a ella. (*Pedro queda anonadado. Ricardo siente un asomo de remordimento, y tras una breve pausa, se levanta y se acerca afectuosamente.*) ¿Me perdonas el daño que te he hecho?

PEDRO

¿No eres mi mejor amigo? Y, como el cirujano,

piensas que abriendo la llaga y ahondando en ella puede curarse.

RICARDO

Y si de mí depende, lo haré, aun a pesar tuyo. Quiero devolver la libertad a tu cerebro.

PEDRO

El cerebro funciona como antes, pero sus resoluciones se estrellan ante una fuerza superior. He estudiado mi caso, y yo también quiero curarme. Créeme, lo quiero con todas mis fuerzas. Mi razón me dice que debo alejarme de ella, que no puede cambiar, que nunca seré dichoso a su lado, pues no cuento como dichas las tan fugaces de la carne. Muchas veces he ido a su encuentro con el firme propósito de romper, y, apenas la he visto, una oleada de sangre ha nublado mi mente, y todas mis resoluciones han desaparecido. Pero lo más absurdo del caso, es que ella me ha confesado que le sucede otro tanto conmigo. Nuestro amor es extraño. La razón nos señala una ruta, y no podemos seguirla. A pesar de todas sus ligerezas e imprudencias, me quiere mucho; más de lo que ella misma piensa.

RICARDO

Sí; no cabe duda, pero es un querer de cerebro y de carne, es decir, egoísta.

PEDRO

A veces lo creo así también.

RICARDO

No lo dudes; en lugar de corazón, tiene materia gris. Si no fuera así, ¿dejaría que sufrieses de este modo? Va a su fin. Tiene un plan. Lo sigue imper-

térrita. Con sinuosidades, pero sin cambiar de rumbo. Si ve que te molesta, te lo oculta o miente, y sigue.

PEDRO

Lo que hace mi desgracia.

RICARDO

Ahora cree que Retama, por sus relaciones en el Ministerio y su amistad con el Presidente, que él seguramente cotiza cerca de ella, exagerándola, va a resolverle el asunto que la tiene preocupada, y acepta sus asiduidades, sin importarle que tú padezcas o puedas enloquecer.

PEDRO

Lo has dicho; enloquecer. (*Levantándose y con alguna exaltación.*) ¡Ah, leer en ese cerebro lleno de misterio! ¡Saber la verdad!... Daría no sé qué por conocerla... y la temo.

RICARDO

No... Mucho mejor es conocerla... aunque a veces haga padecer.

PEDRO

¿Y no sería preferible ignorarla... y ser dichoso, si su conocimiento ha de traernos la desgracia?... Sin embargo, la buscamos afanosamente, aun sabiendo que nos va a desesperar... Queremos saber... queremos ser desgraciados...

RICARDO

O felices, si esa verdad destruye nuestras angustias, o las exaspera tanto que llega el acceso salvador. No vaciles, ponla a prueba. Pregúntale lo de esta mañana, y si te lo niega...

PEDRO, *interrumpiendo.*

Me lo dirá.

RICARDO

Me alegraré por ti, aunque lo sienta por otros. Mas, si a pesar de tu creencia, te lo niega... ¿Qué harás?

PEDRO

Decirle que no puedo, que no podemos vivir así... Y por si acaso, pondré tierra por medio.

CRIADA, *entrando.*

La señora de Solano.

PEDRO, *sorprendido, y después de una ligera vacilación.*

Que pase.

RICARDO

¿Ella? No la hubiera creído capaz de tanta audacia.

PEDRO

Algo grave debe ocurrir.

RICARDO

¿Serás fuerte?

PEDRO

Y justo también, te lo prometo.

RICARDO

No quisiera encontrarla.

PEDRO

Sal por la biblioteca. (*Ricardo se dirige a la puerta de la derecha. Pedro le detiene.*) Pero, no.

Déjame serenarme y adecentarme un poco. ¿Quieres recibirla?

RICARDO

Si lo deseas, ¿cómo no? (*Sale Pedro apresuradamente.*)

ESCENA V

LUCÍA y RICARDO

RICARDO, *adelantándose hacia Lucía.*

No esperaba tener el gusto de saludarla esta mañana.

LUCÍA

Ni yo el de encontrarle aquí, pues no es su hora. (*Una mirada en la habitación.*) ¿Pedro no estaba con usted?

RICARDO

Sí; pero en un negligé impropio para recibir a una señora, y me ha encargado le sustituya unos instantes.

LUCÍA

No podía encontrar mejor sustituto ni quien más cariño tenga hacia él. Usted le quiere mucho.

RICARDO, *de pie, frente a Luisa.*

Más de cuanto usted puede figurarse. Más que a un hermano. Por eso me veo un poco inquieto por su salud.

LUCÍA

¿De veras?

RICARDO

Su sistema nervioso está en pleno desequilibrio.

LUCÍA

¿Nervioso, él? No lo crea. Por lo menos en lo que yo he podido observar.

RICARDO

Y con una sensibilidad tan excitada, que temo algún trastorno, alguna locura.

LUCÍA

Tranquilicese. Su equilibrio mental es perfecto. Hace menos tiempo que usted que le trato, pero le conozco mejor. Una voluntad que no se tuerce nunca. Discutimos a menudo, pues jamás he conseguido hacerla cambiar la menor de sus ideas. Es duro como el granito... frío como el hielo... y por si fuera poco, serio hasta la exageración.

RICARDO, *sonriendo.*

¡No salió muy favorecido en el retrato!... Contra su opinión, me parece, señora, que usted no le conoce. (*Le ofrece una butaca, la primera de la derecha. Lucía se sienta.*)

LUCÍA

¿Y usted cree que no le conozco?

RICARDO

Estoy seguro. Es todo lo contrario de lo que usted acaba de decir. Ese aspecto que ofrece en determinados momentos, es el de la lucha, cuando se halla frente a un enemigo. Le he visto manifestarse así, algunas veces, en sus polémicas con los marchantes, en las discusiones artísticas, y aún

en unos amores que fueron la página novelesca de su juventud.

LUCÍA

¿En unos amores?

RICARDO

¡Ciertamente! Tuvo como enemiga a una de las mujeres más interesantes que he conocido.

LUCÍA

¿Y era su enemiga?

RICARDO

Usted sabe que el amor es una guerra hasta que uno de los adversarios se rinde, no viendo más que por los ojos del amado vencedor. Pues, en este caso, no se llegó a la paz, aquella paz de dicha que es el fin normal y rápido de esa lucha cuando los corazones son claros y leales.

LUCÍA

¿Y quién venció?

RICARDO

Nadie. Es decir: los dos fueron vencidos, porque los dos fueron desgraciados. Ella, también se equivocó. No supo ver todo lo que había de alegría, de ternura, de calor bajo la careta que obligó a ponerse a Pedro.

LUCÍA

Quizás tampoco él supo ver todo lo bueno que se ocultaba bajo el antifaz de la que usted llama «su enemiga».

RICARDO

Es posible. (*Va a una mesa de la izquierda, en*

la que hay una cajita artística llena de cigarrillos. La coge y la tiende a Lucía para que ésta tome uno de ellos.)

LUCÍA, *rehusa con la mano.*

Hoy, no... Y, dígame; pues tratándose de un buen amigo como Pedro, ese relato me interesa mucho... ¿Sabe por qué no fueron dichosos?

RICARDO, *enciende el cigarrillo que ha cogido.*

Cosa corriente, por desgracia. Ella tenía amigos amorosos, llamémoslos así para distinguirlos de los buenos amigos.

LUCÍA

No siempre es fácil distinguirlos.

RICARDO

La fina sensibilidad de la mujer lo ve en seguida. Ella también lo advirtió, pero coqueta y hermosa le halagaban los homenajes, y no quiso separarse de sus amigos, de dos sobre todo. Lo prometió, lo juró, pero lo de casi siempre, siguió clandestinamente aquellas amistades, y cuando Pedro lo supo, todo se sabe, negó: la negativa personificada; y perdió lo que nunca debe perderse en el amor, la confianza.

LUCÍA

¿Y de veras no la merecía?

RICARDO, *con un gesto de los hombros indicando la duda.*

Sólo invocarla es ponerla en duda... Generalmente, cuando se recurre a ella, es cuando ya no puede hacerse... Y por más que aconsejé a la amiguita de Pedro.

LUCÍA, *mirándole intensamente.*

¿A ella?

RICARDO

Sí. Había sido camarada de los dos.

LUCÍA

Cada vez más interesante. ¿Y sería indiscreción preguntar qué le aconsejó usted?

RICARDO

Lo natural en esos casos, que eligiese entre sus amistades y su amor; que esos dos estados pasionales no podían vivir juntos sin hacer la desgracia de todos.

LUCÍA

¿Y cree usted que en esos casos debe sacrificarse la amistad al amor?

RICARDO

Esa clase de amistad, sí: es indispensable.

LUCÍA

Pues yo opino que con habilidad y tacto pueden subsistir ambos afectos. ¿Por qué separarse de antiguos y buenos amigos?

RICARDO

Nuestra camarada pensaba y razonaba exactamente igual que usted.

LUCÍA

Como todas las mujeres razonaríamos.

RICARDO

Todas, no. Muchas piensan también que en

amor, la mejor de las habilidades es no tener ninguna, y sí, un corazón diáfano y leal.

LUCÍA, *lentamente.*

De modo, que la mujer que ama, debe reñir con todos sus amigos, y no tratar ningún hombre, fuera del elegido.

RICARDO

Eso es desviar la cuestión. Usted lo sabe perfectamente. Dejar crecer el amor de un hombre, y hasta excitarlo con su persistencia en no darse por entendida, no pensando corresponderle, es por lo menos crueldad, si no otra cosa.

LUCÍA

No; a veces puede ser también compasión.

RICARDO

Bello sofisma, pero camino lleno de peligros. Los corazones son materia explosiva que las mujeres manejan con notoria imprudencia. De ahí que algunas veces estallen en sus propias manos, y sean ellas las primeras víctimas.

LUCÍA

Es usted tan injusto como todos. ¡Sí! Somos víctimas, es verdad, pero lo somos desde que empezamos a vivir, desde nuestros primeros pasos, en que el hombre nos acecha y nos persigue, convencido de que toda mujer libre puede y debe caer en sus brazos.

RICARDO, *irónico.*

¡Exacto! El hombre, es un mal bicho... La mujer, la eterna víctima.

LUCÍA

Pero ¿es culpa nuestra si el hombre nos asedia?

RICARDO

No; pero sí, alentarle y excitarle a veces con su coquetería.

LUCÍA, *el codo en el brazo de su asiento, la mano en la mejilla. Mueve nerviosamente el pie.*

Otra cosa muy propia de ustedes. Confundir la coquetería con la cortesía. Una mujer no puede escuchar atentamente, acoger con una sonrisa de agrado cualquier frase banal, sin ser calificada de coqueta. (*Con frivolidad.*) Y además, usted, hombre moderno, ¿qué hace de los privilegios y de los encantos del flirt?

RICARDO, *se acerca a Lucía.*

Será encantador para una mujer libre. (*Con más seriedad.*) Mas creo que una mujer que se dice enamorada, se debe al hombre que ama.

LUCÍA

¿Y si otro le pone cerco, la acosa...?

RICARDO, *sentándose enfrente, e intencionadamente.*

Si el cerco no le es grato, debe significarlo clara y terminantemente. Cuando un enamorado insiste en sus pretensiones, es que ella, por juego o cálculo, le da esperanzas positivas, por lo menos las de la pasividad... que permiten todas las audacias. Eso es lo que repetí cien veces a mi amiga, asegurándole que su sacrificio sería pagado con creces por la dicha que llevaría a su amor.

LUCÍA

¿Y no lo tuvo presente, puesto que no hubo paz?

RICARDO

¡No! Quiso gozar todos los afectos, y los perdió todos. En amor no se puede, no se debe ser egoista.

LUCÍA

¡Si el hombre es mucho más egoista que la mujer!

RICARDO

Pues el que lo sea, hombre o mujer, hace el peor de los cálculos. Para el egoista, hay siempre, al final, un déficit enorme de dicha. Un día, Pedro se enteró de una excursión de su amiga, fuera de la capital, y se alejó para siempre de su lado, con el corazón hecho pedazos, pero se alejó.

LUCÍA

Entonces, no la quería.

RICARDO

Es posible. ¿Quién sabe lo que es amor? Todos pronuncian esa palabra, y nadie la entiende del mismo modo. Para unos es crear dichas, felicidades. Para otros, gozar. Para muchos, hacer sufrir...

LUCÍA, *con coquetería.*

Que lástima que tenga usted tanta antipatía a las mujeres. Habla usted de tal modo...

RICARDO

No es antipatía. Huyo del amor porque es una fuente de debilidad, y el que quiere luchar y quie-

re vencer, debe prescindir de ese elemento negativo.

LUCÍA, *insinuante.*

Y una mujer que supiera comprenderle y ayudarle... ¿no sería un elemento positivo en su vida?

RICARDO, *riendo y haciendo con la mano el ademán de rechazar algo.*

¡Ni soñarlo!... No me induzca usted a la tentación... (*Más serio y mirándola entre burlón y desafiador.*) Para aspirar a los grandes triunfos, hay que renunciar para siempre, aunque pese, a los hermosos labios y a los ojos fascinadores.

LUCÍA

Vivir entonces como un asceta, en la soledad...

RICARDO

Sí; esa «soledad» es la única que me permito adorar... a pesar de que es una amiga terrible, pues si fortalece a los enérgicos, devora a los débiles... sin compasión.

LUCÍA, *fingiendo terror.*

¡Uy, qué miedo! Mas, volviendo a la historia que me contaba. ¿Usted ayudaría a su desenlace?...

RICARDO

¿Y qué puede hacer un amigo si no dar pruebas de su amistad cuando se necesita?

LUCÍA

Cuánto celebraría tener uno tan leal y desinteresado como usted.

ESCENA VI

DICHOS y PEDRO, saliendo de la biblioteca.

PEDRO, *avanzando y tendiendo la mano a Lucía.*

Perdóneme si la hice esperar.

LUCÍA

No me di cuenta de la tardanza. Tiene usted un amigo tan agradable conversador, que a su lado pasa el tiempo sin sentir.

RICARDO

Muchas gracias, Lucía. Es usted, por el contrario, quien desgraciadamente posee el arte de seducir y atraer con su palabra.

LUCÍA

¿Desgraciadamente?

RICARDO

Desgraciadamente para las numerosas víctimas de sus hechizos.

LUCÍA

Qué bromista es usted.

RICARDO

Nada más ajeno de mi temperamento. Yo digo siempre la verdad, aunque a veces la revista de formas cordiales. Pero eso sería motivo de que emprendiéramos otra discusión. Cumplí mi cometido haciendo los honores de la casa mientras Pedro salía. Mis enfermos me esperan. Hasta luego.

A los pies de usted, señora, y no me guarde demasiado rencor.

LUCÍA

Ninguno; está usted en su puesto. (*Vase Ricardo por la puerta del foro. Pedro le acompaña, le ve salir y luego vuelve rápido hasta Lucía, que se levanta y le sale al encuentro.*)

ESCENA VII

LUCIA y PEDRO

PEDRO, *con aire de reproche.*

¿Cómo has venido aquí?

LUCÍA

Sé que a estas horas estás siempre solo, y no he podido esperar. Además, estaré muy poco... ¿Has leído esto? (*Saca de un gran bolsillo de mano una hoja de un periódico arrugado, que despliega, y le tiende, señalando una noticia.*)

PEDRO, *lee al principio seriamente, ya después con fingida sonrisa, luego se lo devuelve.*

Tiene gracia.

LUCÍA, *nerviosísima.*

No bromees. No te hagas el ignorante. Juana me ha contado el escándalo de ayer tarde. (*Pausa, y tras ella con acento de ira.*) ¡Y dices que me quieres! ¿No te ha detenido el daño que podías ocasionarme?

PEDRO

¿Qué daño, si no se habla de ti?

LUCÍA, *rehuyendo la mirada de Pedro.*

Pero todo el barrio lo sabe; todo el barrio lo ha visto. Todo el barrio se ocupa de ello. Me has comprometido.

PEDRO, *dominándose.*

Quien te ha comprometido es tu subsecretario, rondándote la casa como un cadete.

LUCÍA

Invenciones tuyas. Y aunque así fuera, si tú no le hubieses provocado, nada hubiera sucedido. Me has puesto en evidencia ante los ojos del mundo.

PEDRO

No. El mundo, el mundo a que tú te refieres, tolera y hasta admite un amor leal. Lo que condena siempre en una mujer, es que tenga o aparezca tener varios cariños a la vez.

LUCÍA, *desdeñosamente.*

El mismo tema de tu amigo. Se conoce que lo habías repasado muchas veces. Yo sólo tengo un cariño: el nuestro. Lo sabes de memoria.

PEDRO

Admitámoslo. La realidad la conocemos tú y yo; pero ese mundo que tanto te asusta, ve una mujer que acepta que dos o más hombres la cortejen y lo tolera.

LUCÍA

Eso es insultarme.

PEDRO

Si no lo digo yo, si es la opinión de todos, desde tus amigos hasta tus parientes.

LUCÍA, *ya indignada.*

No. No puede ser. ¿Con qué derecho intervienen así en mi vida, tú que no eres ni mi padre, ni mi hermano, ni mi esposo?

PEDRO

¿Sabes lo que dices?

LUCÍA

Sí; para todos no eres más que un amigo, y sólo como tal debo y puedo hablar de ti. Yo no puedo decir a nadie que nos queremos, no puedo confesar nuestro amor... nuestro amor culpable... Sí... ocultarnos siempre... siempre. (*Se deja caer más bien que se sienta en el sofá.*) No puedo más. No quiero más. Es demasiada tiranía. ¡Todos los inconvenientes del marido sin ninguna de sus ventajas!

PEDRO, *queda inmóvil unos instantes. Luego, avanza hasta la primer butaca de la izquierda, apoya en el respaldo ambas manos, mira con fijeza a Lucía, y lentamente.*

¿Esto es un rompimiento?

LUCÍA, *sin mirarlo.*

¿No te dejo yo tu libertad toda? Déjame la mía, y si me quieres como dices, no acabes de perderme, pues con la escena de ayer, repito, me has hecho un daño irreparable.

PEDRO

Admiro tu egoísmo encantador. Sólo has pensado en ti. En ese mal que te preocupa tanto. Otra mujer hubiera pensado también en el desgraciado, que tal vez en un momento de locura, pudiera perder su libertad, y hasta poner en peligro su honor y su vida.

LUCÍA, *mirándole, e irónicamente.*

¿Tú, loco por mí? No; todos tus actos son meditados. Tú no pierdes nunca la serenidad. Nunca la has perdido.

PEDRO, *aproximándose.*

Sea; pero hay momentos en que saltan los resortes mejor templados. (*Con calor.*) Y esa mujer, al pensarlo, de venir aquí, debió haber venido inquieta y desconsolada, tratando de convencer de la sinceridad de su amor, con actos decisivos.

LUCÍA

Convencerte a ti, imposible.

PEDRO

Sobre todo, haciendo lo contrario de lo natural y lógico. ¡Parece que gozas en verme sufrir!

LUCÍA

¡Y tú que me has dicho tantas veces que no eras celoso!

PEDRO

Y no lo soy. El padre que sufre porque ve que el hijo querido, el único hijo, se entretiene en juegos peligrosos que no puede impedir, no es celoso.

LUCÍA

¡Qué comparación!

PEDRO

Muy exacta; porque ser celoso como tú lo entiendes, es como padecer una de esas enfermedades que traemos al nacer y nos hacen sufrir siempre y sin razón. Pero si es una enfermedad que un ser robusto ha contraído casualmente, éste vuelve a la salud en cuanto desaparecen las causas. ¡No lo dudes!

LUCÍA

No; tú lo serás siempre, puesto que sin ningún motivo pretendes separarme de mis mejores amigos.

PEDRO

No de todos.

LUCÍA

Sí; tú quieres que por ti cambie mi vida por completo. ¿Has cambiado algo en la tuya? ¿No sigues al lado de tu mujer, como antes? ¿Te lo reprocho? ¿Te hablo siquiera de ella?

PEDRO

Y yo, dándote una prueba de confianza absoluta, ¿no he llegado hasta donde llegarían pocos hombres?

LUCÍA

No te entiendo.

PEDRO

¿No he llegado a admitir, a costa de un dolor de que no te diste cuenta, no he llegado a admitir con-

tinuaras recibiendo a esos señores con la única condición de que no me ocultases nada?

LUCÍA

¡Y sabes cuánto te agradecí esa prueba de confianza! Mas, por desgracia, pronto volviste a insistir.

PEDRO

¡Porque tú volviste a ocultar!

LUCÍA

¡Siempre con lo mismo!

PEDRO

¿Y cómo pensar de otro modo y no sufrir si tú misma afirmas que el amor es una costumbre, y que con voluntad el hombre consigue siempre de una mujer lo que se propone?

LUCÍA

¿No lo has conseguido tú?

PEDRO, *poniéndole una mano sobre un hombro.*

Pero ¡qué dices!... ¿Comparas nuestro amor a lo que ellos pretenden de ti? ¿No ves que me das la razón? ¿Y no quieres que sufra al verte jugar locamente con nuestra dicha?

LUCÍA

Eres tú el que la comprometes con los excesos de tu imaginación.

PEDRO

De mi imaginación..., sí. Cuando sé que estás

a solas con Luis, que te ama, tú misma me lo has dicho..., o con el otro, que por haberte prestado un servicio, que poco le costó puesto que fué con La Gaceta, cree que puede esperarlo todo de ti, entonces, aún contra mi voluntad, sufro lo que tú no puedes sospechar.

LUCÍA, *levantándose con violencia.*

¿No tienes, pues, confianza en mí? (*Se aleja por la derecha, viniendo a primer término.*)

PEDRO, *viniendo también a primer término.*

Absoluta. Sé que eres fuerte, y recuerdo lo que me has prometido... Pero es un terreno tan peligroso...

LUCÍA

¿Cómo puedes creer que ese hombre, viejo y casado, puede interesarme en lo más mínimo... tú que me conoces tan bien?

PEDRO

Sin embargo, hay momentos en que, a pesar mío, la inquietud y el dolor me corroen sin piedad, y entonces me asaltan negras ideas que me conturban. (*Pausa. Súbitamente, acercándose a Lucía.*) Ayer, esta mañana mismo. ¿Ninguno ha ido a visitarte? ¿No has encontrado a ninguno de ellos?

LUCÍA, *disimulando su turbación.*

¡Vaya una pregunta! ¿No te lo hubiera dicho?

PEDRO

Ya sé que me lo juraste por lo más sagrado; mas temo que olvides.

LUCÍA

Nadie, absolutamente nadie. ¿Estás satisfecho?

PEDRO, *le coge las manos con cariño y angustia, la mira fijamente, intensamente a los ojos, poniendo en su mirada una plegaria.*

¿Estás bien segura, recuerdas bien? ¿Ayer, esta mañana...?

LUCÍA, *con algo de indignación.*

Pero esa insistencia... (*Con voz trémula, donde asoma el llanto, y con intensidad creciente.*) Te digo que nadie, nadie. ¿Lo quieres más claro?... (*Pausa.*) No... Es imposible vivir así. Esa desconfianza... Tú que conoces mi vida entera, a quien le cuento todo, todo.

PEDRO, *ante esa explosión de falsa ira y fingida emoción, siente apoderarse de él un profundo desaliento, y separándose, contesta con gran tristeza, pero con energía.*

Sí, todo; excepto, como siempre, el detalle esencial para mí. ¿Y a eso lo llamas decir la verdad?

LUCÍA

Lo es.

PEDRO

No; la verdad incompleta es la peor de las mentiras. Y la tuya es siempre incompleta.

LUCÍA

Me ofendes.

PEDRO

Lo siento, pero es así. (*Pausa. Después, gra-*

vemente y con emoción.) Y como no es posible continuar con esta inquietud, con este suplicio de todos los instantes, dado que tú no puedes cambiar ni yo tampoco, separémonos ahora que todavía podemos guardar buenos recuerdos. No esperemos a que nuestro cariño se enturbie por completo, y pueda transformarse en odio.

LUCÍA, *pretendiendo derivar la cuestión a otro terreno.*

Sí, ya sé que acabarás por odiarme.

PEDRO

De sobra sabes, que pase lo que pase, yo no puedo odiarte... Te amo demasiado para ello. Sólo puedo sufrir, y eso sí, con una amarga voluptuosidad, sin límites.

LUCÍA

Porque quieres.

PEDRO, *con un gesto que indica lo contrario de lo que dice.*

Será por eso... Porque quiero. No hablemos de ello. Digamos adiós a nuestro amor... ¡Los años más intensos y felices de mi vida... a pesar de su tormento!

LUCÍA

Y los míos también, Pedro.

PEDRO

Seamos fuertes, y separémonos así... con desesperación en el alma, pero sin violencias.

LUCÍA

Mas tú, creerás siempre...

PEDRO

No discutamos ya, ¿quieres? En momentos d pasión o dolor como éste, la palabra es a veces e peor enemigo del que la pronuncia. Sin desearlo podríamos herirnos hondamente. Alejémonos, Lucía, ahora que todavía conservamos en el alm gratos recuerdos de nuestro cariño.

LUCÍA

Aunque no hay razón para ello... sea como t quieres... Tú olvidarás pronto... Eres joven. (*Gesto de extrañeza en Pedro.*) Sí; eres joven para ur hombre. Otra mujer, *ella* misma, a la que quieres a la que quisiste siempre (*Pedro no niega, Lucí espera.*) te dará la dicha que ya no tienes conmigo

PEDRO

¡Ah! la dicha; si tú hubieses querido y pensad menos en ti...

LUCÍA

Ya sé. Soy una egoista. Sólo pienso en mí... ¿Y eres capaz, eres capaz de decirme eso, cuand todo lo he sacrificado a tu amor? Mi honra, m tesoro más preciado, ¿no te lo entregué sin vacilar? Y mi nombre, el nombre de mi padre, ¿nc anda ya en lenguas por ti? ¡Qué desgracia la mía Perdidos diez años... los mejores de mi vida. Perdida mi reputación... vieja... todo acabó para mí.

PEDRO

No, Lucía, tú también reharás tu vida, y serás

eliz con otro... menos exigente y más tolerante que yo...

LUCÍA

¡Pero si son tus celos que lo abultan y deforman odo...!

PEDRO

No... Los celos inteligentes dan al alma una ensibilidad tan exquisita, que son, por desgracia, el instrumento de mayor precisión que existe.

LUCÍA

Pues a ti te engañan. Mi conciencia no me reprocha nada, absolutamente nada. ¿Te he dado algún motivo para dudar de mi sinceridad y de mi cariño? ¿No nos amamos como quieres? ¿No soy uya con la misma locura de siempre?

PEDRO

No evoques esas horas... porque sufriríamos demasiado... y es preciso...

UCÍA, *se acerca, y la cara casi junta a la de Pedro, con vehemencia y pasión.*

Pero en fin, ¿qué es lo que crees, di, qué es lo que crees de mí?

PEDRO

No lo sé; sólo sé que sufro demasiado, y que únicamente se ocultan las cosas que son culpables.

LUCÍA

Y otras que no lo son, para evitar escenas dolorosas e inútiles.

PEDRO

La eterna y humana excusa que nos damos a

nosotros mismos. Así se principia, sin saber cómo se acabará. Y un día, se despierta habiendo recorrido todo el camino... Así comenzamos nosotros..

LUCÍA, *con indignación y dolor.*

¡Y me lo dices tú...! y tú crees que porque a ti no supe resistirte... ¡Dios mío... Dios mío...! ¡Qué castigo...! ¡Bien merecido lo tengo! (*Llorando.*) Sí tienes razón, fuí débil contigo... ¿Por qué no he de serlo con los demás? ¿Y eres tú, el que me lo reprochas...? Tú, Pedro..., mi Pedro. (*Se deja caer en el sofá Pedro se acerca muy conmovido.*)

PEDRO

Pero si no he querido decir eso, Lucía...

LUCÍA, *sin hacer caso.*

Sí... Tienes razón... ¿Por qué no?

PEDRO, *se sienta cariñosamente cerca de ella, y con un gesto de amor.*

No llores, que tus lágrimas matan mi voluntad... (*Con un abrazo rodea su cuello.*) Te quiero demasiado para verte llorar.

LUCÍA

No... no... Y eres tú, mi Pedro...

PEDRO

Perdóname... no fué mi intención. (*Aparta el pañuelo con que Lucía enjuga las lágrimas.*)

LUCÍA

Has sido muy duro conmigo... No me quieres ya cuando me hablas así. (*Pedro por contestación

acerca más su cabeza, y sin pronunciar palabra, se besan...)

(*En este momento se levanta algo la cortina de la puerta del foro, y tras ella aparece Margarita, que ve el grupo que forman Pedro y Lucía. Queda un instante inmóvil, luego, sin decir nada, pálida, se retira, lenta... Lucía y Pedro no han notado su presencia.*)

PEDRO, *volviendo en sí, con pasión, dolor, sentimiento.*

¡Qué desgracia querernos de este modo...! No podemos... no podemos separarnos... Nuestro amor es más fuerte que nosotros...

LUCÍA

Sí; demasiado grande...

PEDRO

Ya no es amor, ya no es pasión... es locura... es... no sé lo que es... pero sí que tiene que terminar, porque sufrimos demasiado.

LUCÍA

Y yo no quiero que suframos, Pedro... (*Con algo de mimo.*) y no quiero sufrir...

PEDRO

¿Y cómo? ¡Si está en tu mano impedirlo y no lo impides!

LUCÍA

Lo impediré, te lo aseguro.

PEDRO

¿Los separarás, por fin, de tu vida?

LUCÍA

Sí; te lo prometo.

PEDRO

¿Me lo juras?

LUCÍA

No, no pidas eso, Pedro.

PEDRO

Sí; por la memoria de tu madre, júramelo.

LUCÍA

No; no insistas. Qué cruel eres...

PEDRO

¿Entonces, no estás segura de ti? ¿No quieres darme ni esa sencilla prenda moral?

LUCÍA, *en un arranque, como soltando algo contra su voluntad.*

Pues bien, ¡te lo juro! Siempre acabas por hacer lo que quieres. ¿Estarás satisfecho? ¿Estarás tranquilo, ahora?

PEDRO

Pero ¿no ves que quiero creer, que quiero tener fe en ti, como en mí mismo, como al principio? principio?

LUCÍA

Y puedes tenerla absoluta, loco, más que loco...

PEDRO

¿Sí? ¿Absoluta?

LUCÍA

Sí, mi loco, ¡sí!... No dudes nunca de mi amor.

PEDRO, *la besa en los ojos, y después de mirarla unos intantes con arrobamiento.*

¡Qué conmovedores y hermosos tus ojos, riendo entre lágrimas!...

LUCÍA

¿No me harás llorar más?

PEDRO

¿Y tú no volverás a hacerme sufrir?

LUCÍA

Jamás... Quiéreme mucho... mucho... que nunca será bastante. (*Un momento de silencio y embriaguez. Súbitamente, dándose cuenta del tiempo transcurrido y del peligro que ofrece su permanencia en aquel lugar, se levanta.*) Adiós.

PEDRO

¿Te vas?

LUCÍA

Es preciso... ¡Hasta la tarde si quieres!

PEDRO, *asiente con la cabeza, y añade.*

Hasta la tarde. (*La acompaña hasta la puerta, levanta la cortina, la ve entrar.*)

ESCENA VIII

PEDRO, solo. Después, MARGARITA.

Pedro vuelve al centro de la sala. Se sienta y queda unos instantes pensativo. A poco, entra Margarita, por la derecha. Se acerca a él y le pone la mano, levemente, sobre un hombro. Sobresaltado, se levanta.

PEDRO

¡Ah! ¡Eres tú! ¿Vienes ahora?

MARGARITA

No; llegué hace unos momentos. Dios ha querido que fuese demasiado pronto, y he visto y he oído. Ha sido el latigazo que despierta las últimas resoluciones... Me marcho... Te dejo para siempre.

PEDRO

¡Qué dices!... Es una locura, Márgara.

MARGARITA

Una locura sería el quedarme ahora. Pero al devolverte la libertad, quiero devolvértela completa, absoluta. Con el tiempo que hemos vivido en Francia, poco te costará separarte legalmente de tu compañera fiel, de la que sólo ha pensado en ti... (*Con un sollozo en la voz.*) sólo y siempre en ti.

PEDRO

Eso no será... No es posible... No debe ser.

MARGARITA

(*Con más firmeza en la voz.*) Sí, no «debe ser»... el deber... Ya sé... Yo que conozco tu corazón...

PEDRO

(*Se adelanta; conturbado, con plegaria y afecto en la voz y el gesto.*) No lo conoces bien todavía.

MARGARITA

(*Retrocediendo.*) Sí... sé que eres bueno. (*La emoción se apodera otra vez de ella.*) Pero ¿no ves, no sientes que esa bondad es la mayor de las crueldades?... Ya sé que te quedarías conmigo aún sufriendo toda una vida... (*Rehaciéndose.*) pero no quiero nada del deber, y sobre todo, no quiero que sufras por mí... Basta... basta que sufras por ella.

PEDRO

Márgara, óyeme. Es preciso que sepas...

MARGARITA

No digas nada, Pedro... ¡por favor, no digas nada! Ni excusas ni reproches... Todos padecemos aquí, y está en mi mano el evitarlo. Sin mí, podréis ser felices. Así, habrá una sola persona que padezca... pero ésa padecerá para que tú seas dichoso... (*Hace un movimiento para dirigirse hacia la puerta.*)

PEDRO

(*Cogiendo las manos de Margarita.*) Ten calma... Déjame explicarte...

MARGARITA

(*Intenta separar sus manos de las de Pedro, que las retiene afectuosamente.*) No insistas. Ante lo irremediable, evitemos las palabras inútiles... Ese cuadro no se borrará nunca de mi cerebro ni de mi corazón. (*Mientras habla, forcejea ligera-*

mente con Pedro, consiguiendo libertarse.) ¡Suelta! ¡Déjame marchar!

PEDRO

(*Con súplica y angustia.*) ¡Tú!... marcharte... ¡Márgara!... Tú, mi compañera querida... No, no puede ser... Espera... Mañana hablaremos, más serenos los dos.

MARGARITA

(*Alejándose con el alma destrozada.*) No... Ha sido demasiado... Debí partir sin decirte una palabra... Me faltó el valor. (*Con una mirada de angustia.*) Quise verte por última vez... Ver también, por última vez, este rincón donde quedan muertas todas mis ilusiones. (*Pedro hace ademán de acercarse otra vez a ella, que le detiene con la mirada y con el gesto.*) No... no. Adiós, Pedro. Sé dichoso. (*Sale bruscamente, como huyendo. Empieza a caer lentamente el telón. Pedro inicia un movimiento para seguirla e intentar de nuevo retenerla; pero convencido de la inutilidad de cuanto haga, se detiene, se queda mirando con intenso dolor la puerta por donde ha salido Margarita, lleva las manos a su cabeza como si temiese que estallara, y en un gesto desesperado condensa todos los dolores de su alma, mientras acaba de caer el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

PACA y RICARDO

PACA, *dentro.*

Espere, espere un momento el señor. Voy a dar luz. (*Entra y enciende la gran lámpara central.*)

RICARDO

¿Cómo está esto tan obscuro?

PACA

Es orden del señor. No puede resistir la luz muy fuerte. Le daña la vista... Como ha trabajado tanto... ¿Quiere el señor que abra?

RICARDO

No, no; déjalo. Esto invita al sueño. (*Bromeando.*) Y no me vendrá mal un rato de descanso, después de veintiséis horas de tren.

PACA

¿El señor viene directamente de París?

RICARDO

Sí, y no he pegado los ojos en toda la noche.

PACA

Vendrá rendido.

RICARDO

Figúrate... En cambio, tú tienes un aspecto excelente... ¿Te has casado?

PACA, *medio de broma.*

¡No lo quiera Dios!

RICARDO

¡Hola!

PACA

Con lo que una ve, es para aborrecer a los hombres.

RICARDO, *riendo.*

Gracias, por la parte que me toca... ¿Y qué es lo que una ve siempre, Paca?

PACA, *filosóficamente.*

Tantas cosas...

RICARDO

¿Y no puedo yo saberlas?

PACA

Ya se lo dirán a usted. A mí, no me corresponde más que ver, oír y callar.

RICARDO

Eres el Fénix de las domésticas,

PACA

No sé qué es eso.

RICARDO

Ni falta... La sabiduría sólo produce sinsabores.

PACA

Con el permiso del señor, voy a continuar mi tarea.

RICARDO

Ve... ve. (*Vase Paca por el foro.*)

ESCENA II

RICARDO, solo. Después con MARGARITA

(*Se sienta y saca del bolsillo de la americana una carta que lee.*) «Venga usted cuanto antes; se lo ruego. Su presencia es necesaria.» (*Dejando la lectura.*) ¿Qué habrá detrás de estas líneas angustiosas...? (*Por la puerta de la biblioteca aparece Margarita, de riguroso luto. Se dirige a Ricardo, y a tiempo que le tiende la mano, le dice:*)

MARGARITA

¡Gracias, Ricardo! Ya sabía que vendría usted.

RICARDO

¿Qué ocurre?

MARGARITA

Lo más malo que podía suceder.

RICARDO

¿Está Pedro enfermo?

MARGARITA

Peor que eso.

RICARDO

Vamos... Serénese... y procedamos por partes. (*Insistiendo.*) ¿Qué ocurre?

MARGARITA

No sé si sabrá usted que Pedro rompió definitivamente con esa mujer.

RICARDO

Me lo supuse, porque la vi en París hace dos meses acompañada de Retama.

MARGARITA

¿Es posible?

RICARDO

Sí... una noche... no recuerdo en qué teatro. Y antes de regresar, no me fué difícil enterarme que pasaron allí tres semanas, ella, por cierto, inscrita con nombre supuesto en el hotel.

MARGARITA

¡Qué mujer, Dios mío!

RICARDO

Y que después salieron para Niza. De todo lo cual yo me alegré por Pedro y por usted.

MARGARITA

Pues mientras ella se divertía, él estaba en trance de muerte.

RICARDO, *con inquietud.*

¿Qué dice usted?

MARGARITA

La verdad. Al surgir el rompimiento con ella, tuvo un amago de ataque cerebral. Lo supe inmediamente, y vine a cuidarlo el mismo día.

RICARDO

¡Qué abnegación!

MARGARITA

Sólo cumplo mi deber... Desde entonces estoy aquí, luchando, no contra una mujer, sino lo que es peor, contra el veneno maldito, del que hemos hablado tantas veces, y que Pedro ahora toma cada día con más intensidad.

RICARDO

¿Y cómo me ocultaron todo eso?

MARGARITA

No creía que el peligro fuese tan grande, y pensaba poder contrarrestarlo yo sola. Además, estaba usted en el extranjero, absorbido por trabajos tan importantes que no quise preocuparle con inquietudes inútiles.

RICARDO

¡Buenos amigos! Pero ¡no importa! Lo hubiese dejado todo.

MARGARITA

Lo sé: por eso, ahora que los progresos del mal me asustan, no he vacilado.

RICARDO

Dado el temple de Pedro, creo que aún será tiempo.

MARGARITA

¡Dios le oiga!

RICARDO

Y para tener hecha mi composición de lugar convendría que me enterase, paso a paso, de las fases de su enfermedad.

MARGARITA

Durante algunos días estuvo luchando entre la vida y la muerte; a intervalos, postrado; a intervalos, con exaltaciones que hacían temer por su razón. Al fin, el ataque cerebral fué dominado, y le siguió una larga convalecencia durante la cual se encerró en un mutismo desesperante. El pri-primer día que salió, volvió excitadísimo, y temimos una recaída; pero se repuso, y comenzó un extraño período de alegrías inexplicables y de tristezas mortales.

RICARDO

¿Y no hizo usted nada para atajarle en ese camino?

MARGARITA

Cuanto estuvo a mi alcance. Aunque lo escondía cuidadosamente, logré dar con el veneno, y puede usted imaginarse el camino que llevaría. Entonces, hallando, sin duda, dificultades para adquirirlo, apeló al éter, y a poco sufrió una crisis nerviosa terrible, durante la cual hizo añicos cuadros, jarrones, estatuas, cuantos objetos hallaba al alcance de su mano, y por fin cayó destrozado, medio muerto. Desde ese día no me atrevo a contrariarle, y vivo en una inquietud mortal.

RICARDO

¿Tantos estragos ya? ¡Pobre Pedro!

MARGARITA

No lo sabe usted bien. Queriéndolo como lo quiero, imagine mi desesperación al verlo sufrir de ese modo: no descansa, no duerme, porque no puede calificarse de sueño las horas que está en la cama, presa de horribles alucinaciones que casi le privan del aliento...

RICARDO

¿Alucinaciones?

MARGARITA

Sí; serpientes que se le enroscan al cuerpo y le estrujan, perfumes mortíferos que le ahogan, pajarracos que le vacían los ojos, alimañas que le roen: una serie, sin fin, de monstruos, de pesadillas que le atormentan despiadadamente.

RICARDO

¿Y durante el día?

MARGARITA

Está más tranquilo: cuando ha descansado lo bastante, tiene la lucidez de siempre, y nadie sospecharía entonces el estado de su pobre cerebro.

RICARDO

Y en la vida corriente, ¿no padece también alucinaciones?

MARGARITA

Frecuentes, y siempre las mismas: larvas, gnomos, fantasmas, seres repugnante que le acosan, le muerden, le despedazan. (*Pausa. Y con alguna tristeza:*) ¡Y a veces, evocaciones horribles de esa mujer!... ¡Su cuerpo le persigue!...

¡Lucha contra ella, o se entrega a caricias que me desesperan!... ¡Y súbitamente, ríe, canta o rompe a llorar, a quejarse o a proferir insultos y maldiciones!

RICARDO

Ahora comprendo por qué me ha escrito tan poco y el tono de sus cartas, que yo atribuía a enfado por cuanto hice por abrirle los ojos.

MARGARITA

No, eso no. Siempre habla de usted con el mismo cariño de hermano.

RICARDO

En fin, no miremos atrás. ¿Es buen enfermo?

MARGARITA

En apariencia, solamente. Dice que sí a todo, pero vuelve siempre a lo suyo. No escucha nada ni a nadie...

RICARDO

No importa. Vamos a unir la influencia de nuestros dos cariños para curarle. Mas no hay que perder un momento.

MARGARITA, *escuchando.*

Siento sus pasos.

RICARDO

Ni una palabra de lo que hemos hablado. No conviene que imagine que usted me ha prevenido de su estado.

ESCENA III

MARGARITA, RICARDO y PEDRO. Después, sin MARGARITA

MARGARITA, *dirigiéndose a la puerta de entrada.*

¡Mira quién acaba de llegar! (*Aparece Pedro, macilento y desfigurado por el dolor.*)

RICARDO, *que también se ha levantado.*

¡Pedro! (*Le abraza.*)

PEDRO, *con voz algo sorda.*

¡Qué alegría volver a verte!

RICARDO

Nadie lo hubiera dicho al leer tus cartas. (*Se sientan.*)

MARGARITA

Vuelvo en seguida para que me cuente usted muchas cosas de París.

RICARDO, *sonriendo.*

No desfloraré ese tema hasta entonces. (*A Pedro, cuando están solos.*) Y tú, ¿cómo te encuentras?

PEDRO

Ya me ves.

RICARDO

Sí, un poco demacrado y pálido. ¿Estás enfermo?

PEDRO

Peor que eso.

RICARDO

¿Por ella, sin duda?

PEDRO

Por ella.

RICARDO

¿Qué fué?

PEDRO

Lo inevitable. Faltó de nuevo a todas sus promesas. Se ocultó. Se ocultaron. Lo supe y rompí definitivamente.

RICARDO

¿Estás, pues, curado de ella?

PEDRO, *encogiéndose de hombros.*

No estoy curado, pero trato de curarme.

RICARDO, *fijándose en él detenidamente.*

¿Se puede saber cómo?

PEDRO

Olvidando.

RICARDO

¿Otros amores?

PEDRO

Eso, nunca.

RICARDO

¿Trabajas, entonces, como antes?

PEDRO

No puedo.

RICARDO

¿Te diviertes, al menos...?

PEDRO

Dejemos eso, te lo pido por favor.

RICARDO

No quiero, no debo dejarlo. ¿Bebes? (*Pedro hace un gesto negativo.*) Entonces, ¿dónde están las fuentes de tu olvido? (*Pedro no contesta. Pausa.*) ¿Callas? Es lo mismo. Es difícil engañar a un buen amigo... Más difícil aún si ese amigo es médico... Me figuro a los medios que apelas.

PEDRO

No sé qué quieres decir.

RICARDO

Creo que rendirás a la verdad el culto de siempre. ¿No es cierto? Pues confiesa que, por tu desgracia, traspusiste el umbral de lo que los poetas, que todo lo trastornan, llamaron los paraísos artificiales.

PEDRO, *sin valor para mentir.*

¡Si supieras, Ricardo, cuánto necesito olvidar!

RICARDO

¿Y no ves que para lograrlo te estás despeñando por una sima terrible?

PEDRO

Lo sé, y quiero ir hasta el fondo, a sabiendas de que voy.

RICARDO

No te conozco. ¡Tú, tan fuerte! Piensa que procediendo así desesperas a todos los que te aman: a María, a tu padre, a mí, tu hermano... tu hermano que te quiere tanto como a sí mismo.

PEDRO, *con un gesto afectuoso.*

Como yo a ti, Ricardo.

RICARDO, *le mira con gran cariño, y después de una breve pausa.*

¡Eso no puede ser! Es tiempo todavía.

PEDRO

No quiero. Mi sangre arde, mi cerebro estalla, mi corazón se rompe... y sólo la cocaína me trae el olvido y la tranquilidad. Apenas la pruebo, siento como si un abanico perfumado acariciara mi fiebre, cambiándola en deliquio, en éxtasis. ¡Si supieran el bien que me hace!

RICARDO

Envenenándote.

PEDRO

¡Qué importa, si no sufro gracias al hada blanca!

RICARDO

¡Hada maldita, que destruye siempre, siempre... no lo olvides... los cuerpos más henchidos de vida, los cerebros más fuertes!

PEDRO, *con exaltación.*

¡No! Cien veces bendita, pues se lleva en sus vuelos todos los dolores, que van poco a poco disminuyendo y acaban por desaparecer entre las brumas del ensueño y del éxtasis. ¡Cuando el mar-

tirio del recuerdo me acosa, ella me lleva al país de las ilusiones doradas, y lo que es más aún, me abre de par en par las puertas del olvido.

RICARDO

Y también las de la total decadencia, pues nuestros pobres cerebros son de una fragilidad extrema.

PEDRO, *con un relámpago de noble orgullo.*

¡El mío es fuerte todavía!

RICARDO

Aunque sea así, los mejores tienen una resistencia limitada, y, perdóname la rudeza, pero es mi deber emplearla: tras ello está siempre la locura en acecho.

PEDRO

Lo sé, lo sé; pero mientras llega, no siento, no pienso, no padezco. Me da la dicha de un Dios. Aleja mi espíritu de esta tierra gris donde vive ella. Le eleva, ya lo sabes tú, hasta las alturas, hasta el cielo, hasta la inteligencia divina, rodeado de caricias flúidas, inefables, indescriptibles...

RICARDO

Que pueden costarte la vida.

PEDRO

¡Y qué importa! Sería también la muerte de mi corazón, y el reposo absoluto... Entretanto, ¡si supieras las delicias de ese anodadamiento físico... la embriaguez de ese nirvana inmediato y fácil! Y, sobre todo, la felicidad de no recordar nada, nada de lo que me mata... Porque lo que me mata no es el veneno...

RICARDO

Te equivocas.

PEDRO

No, que hay cariños peores que el más ponzoñoso de los venenos, puesto que no sólo matan al cuerpo sino que corroen el corazón y desesperan el alma... Lo que me mata, Ricardo (*Lentamente.*) no es lo que tomo para olvidar... es ese amor que no puedo destruir... Es la imagen de Lucía que no consigo arrancar de mi pensamiento...

RICARDO, *casi hablnádose a sí mismo.*

¡Qué amor tan grande ha perdido esa mujer! (*A Pedro.*) ¡Cuánto la quieres todavía!

PEDRO

Sí, todavía; ¿por qué negarlo? La amo y la odio a la vez. No sé qué me pasa con ella... La he querido... he dejado de quererla... y la he odiado...

RICARDO

Te lo parecía.

PEDRO

Sí... y cada vez volvía a amarla de nuevo, con más pasión y dolor. (*Se encoge de hombros con un gesto de duda y tristeza. Pausa.*) ¡Oh, muy inteligente será el que conozca todos los repliegues de su corazón, y el porqué de todos sus cambios...! Mas así, mi cariño iba envenenándose día por día, y el vino generoso de mi amor lentamente se transmutaba en un ácido corrosivo que hoy devora mis entrañas... Y hoy, por culpa suya...

RICARDO

No te exaltes. Te hice hablar de ella porque es bueno expansionarse con un hermano, y también porque me era necesario oirte para saber hasta dónde llegaban los estragos del mal. (*Le coge cariñosamente las manos.*) Pero ahora, escúchame. El que te habla en estos momentos, además del amigo, es el médico. (*Pausa.*) Eso que padeces es más grave de lo que yo suponía. (*Pedro intenta hablar.*) No, no digas nada. Es, sin embargo, una enfermedad que, como todas, tienen su curación y su remedio.

PEDRO

Te equivocas. Soy un enfermo que conoce toda la extensión de su mal, y sabe, como antes te dije, que no está en el cuerpo. No, para mí no hay remedio.

RICARDO

Eso no debe decirse nunca. Y tú, menos que nadie, pues hasta en estas cosas sin nombre que estás haciendo, demuestras cuál es el poder de tu voluntad.

PEDRO

Ahora no tengo voluntad ni aun fe. No me curaré porque no quiero curarme. Quiero sólo olvidar.

RICARDO

Pues eso vamos a conseguirlo, cambiando de método. ¿Tienes confianza en mi cariño y en mi escasa ciencia?

PEDRO

Absoluta.

RICARDO, *con firmeza.*

Entonces, te aseguro que sanaré tu alma y tu cuerpo; que serás fuerte como antes; que olvidarás lo que te tortura.

PEDRO

¡Ah, si fuera verdad!

RICARDO

¿Dudas de mí?

PEDRO

No.

RICARDO

¿Me obedecerás?

PEDRO

Ciegamente.

RICARDO

Pues esta misma noche saldremos de Madrid. Nos iremos lejos, muy lejos. Aquel viaje a Egigto que teníamos proyectado desde hace tanto tiempo, lo realizaremos ahora.

PEDRO

Como quieras.

RICARDO, *con satisfacción.*

¡El primer paso está dado ya! ¡Qué excursión más deliciosa vamos a hacer!

PEDRO, *que sigue aferrado a su idea.*

Tenías razón... Si alguna vez, por tu desgracia, tú también encuentras a una mujer que te guste, huye. Precipítate a la estación más próxima, y pon mucha tierra por medio.

RICARDO

No lo temas. Ya sabes que la mujer-amor no existe para mí. ¿Cómo habría conseguido, si no, abrirme paso?

PEDRO

Es verdad. ¡Y yo que había olvidado felicitarte por tu último descubrimiento y tu brillante actuación en el Congreso de París...!

RICARDO

No tiene importancia.

PEDRO

Los periódicos no han cesado de elogiarte.

RICARDO

Amabilidad de la Prensa.

PEDRO

No. Te obstinaste en conquistar la fama, y la fama, hembra al fin, se te ha rendido, sumisa.

RICARDO

A ti también volverá a colmarte de caricias.

PEDRO

Para mí, acabó todo. Tú eres el triunfador aclamado; yo, un pobre vencido. (*Escuchando.*) Pero dime, ¿no sientes nada?

RICARDO

No.

PEDRO

¿No oyes un rumor como de olas encrespadas?

RICARDO

Repórtate. Es tu imaginación.

PEDRO

Y esos lamentos desgarradores de la sirena, ¿tampoco los oyes? Me taladran el cerebro. (*Se tapa los oídos.*)

RICARDO, *quitándole cariñosamente las manos.*

No hay olas, ni lamentos, ni cosas que se le parezcan. Es tu pobre sistema nervioso, que está en desequilibrio.

PEDRO

Pero ¿de veras no sientes nada ni oyes nada? ¿Ni ves esos ojos que me miran fijamente desde aquel rincón? Son los suyos, ¿sabes? Los suyos, que me persiguen. Y me queman y me fascinan... (*Retando la invisible mirada.*) No... No... No iré. No quiero ir.

RICARDO

¿Ves cómo tu voluntad existe, aún en la alucinación?

PEDRO

Y esos brazos que me estrechan... (*Se debate.*) y esas manos, las suyas, que me oprimen, que se hunden en mi pecho y aprietan mi corazón, y lo estrujan y me ahogan... (*Alentando trabajosamente.*) ¿No las ves? (*Con angustia.*) ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Socorro! ¡Sálvame! (*Cae en el sillón jadeante, rendido. Ricardo abre la ventana de par en par. El sol entra a raudales.*)

RICARDO

Ya ves que no hay ojos que fascinan, ni brazos

que oprimen, ni manos que desgarran. Nada de nada. Es el maldito alcaloide que sigue su obra funesta. (*Llegando hasta Pedro, y poniendo afectuosamente la mano sobre su hombro.*) ¿Te encuentras mejor? (*Momentos de silencio.*)

PEDRO, *bajo la influencia de la mirada de Ricardo, se va reponiendo lentamente, y al fin, con voz débil, contesta.*

Sí, un poco; pero ¡qué alucinación más horrible!

RICARDO

Trastornos cardíacos sin importancia, que desaparecerán rápidamente si sigues el plan que trace.

PEDRO

¿Lo crees?

RICARDO

Estoy seguro. Repito que, si me atiendes, volverás a ser el hombre fuerte y el cerebro despierto de antes.

PEDRO

Lo haré... Mas ¿para qué? Si ya no espero ni deseo nada.

RICARDO

¡No digas eso! La vida no termina por un desengaño o una traición. Mejor pudiera decirse que a veces es cuando nace.

PEDRO

... Si la tempestad no ha destruído el espíritu, arrancando de él la esperanza...

RICARDO

Una tempestad no destruye el sol. Basta remon-

tarse por encima de las nubes para verle brillar de nuevo en todo su esplendor. No lo olvides, tú que tantas veces lo has dicho...

PEDRO

Mis alas se han roto...

RICARDO

No; volverás a triunfar porque puedes y porque debes. Realizarás los proyectos grandiosos de que tantas veces me hablaste. Crearás bellezas, ilusiones, dichas. Harás el bien con tu obra magnífica.

PEDRO, *reanimado por las palabras de su amigo.*

¡Esos eran mis sueños!

RICARDO, *dándose cuenta del efecto de sus palabras, pone en las que siguen mayor efusión.*

Y serán tus realidades. Tu obra va a renacer más segura que nunca, y sutilizada por el dolor, que le dará nuevos y espléndidos matices. Ya verás, ya verás...

PEDRO, *sintiendo renacer en él el entusiasmo de antes.*

¿Lo crees? Si pudiera ser...

ESCENA IV

DICHOS y MARGARITA, apareciendo en la puerta de entrada.

MARGARITA

Pero ¿no va a terminar nunca esa conferencia?

RICARDO

Ya terminó. ¿Sabe usted que hemos decidido hacer, los tres, si usted desea acompañarnos, aquel viaje a Oriente que iba a emprender yo sólo?

MARGARITA, *con inmensa alegría.*

¿Y cuándo salimos?

RICARDO

Pensaba marchar esta noche, y si hay tiempo para sus preparativos, no quisiera cambiar la fecha.

MARGARITA

Tiempo sobrado. En menos de dos horas lo tendré todo listo. ¿Verdad, Pedro?

PEDRO

Si tú lo afirmas...

RICARDO

Voy entonces a dar mis órdenes. Hasta luego, pues, en que volveré para ultimar, juntos, los detalles indispensables.

ESCENA V

MARGARITA y PEDRO

MARGARITA, *acercándose a Pedro.*

¡Qué alegría me ha dado la noticia de ese viaje!

PEDRO, *abstraído.*

¿Sí?

MARGARITA

No puedes imaginarte. Tengo el presentimiento de que te devolverá la salud.

PEDRO

Lo mismo piensa Ricardo.

MARGARITA

Y qué bueno has sido al contar conmigo como compañera de excursión.

PEDRO

Es verdad: no siempre soy bueno contigo. (*Cogiéndole las manos.*) Perdóname.

MARGARITA

No tengo nada que perdonar. A un enfermo que se quiere, se le cuida y se le mima sin tener en cuenta sus genialidades...

RICARDO

¡Mi querida enfermera! ¡Mi querida y santa mujer!

MARGARITA

Esas palabras me pagan con creces todos los malos ratos sufridos y por sufrir.

PEDRO

Cuando te los proporciono, ya sabes que no soy yo...

MARGARITA

Cierto: son esos malditos nervios; pero ahora, vamos a ponerlos como nuevos.

PEDRO

Por mí, no quedará. Desde hoy, pase lo que pase, estoy dispuesto a curarme.

MARGARITA

¿De veras?

PEDRO

¿Lo dudas? (*Busca en sus bolsillos y le entrega una cajita de cocaína.*) Toma; es la última. La única que tengo.

MARGARITA, *besándole y estrechándole.*

¡Gracias! ¡Gracias!

PEDRO

Ricardo me ha convencido, y tu cariño ha hecho lo demás.

MARGARITA

¿Seguro?

PEDRO

Os obedeceré como un niño.

MARGARITA

¡Mi niño grande y adorado!

PEDRO

Que te quiere mucho también... Que nunca dejó de quererte.

MARGARITA, *bromeando con cierta expresión de melancolía.*

A pesar de que ya voy siendo vieja y apuntan en mi cabeza las canas.

PEDRO

¡Canas queridas que tienen sus raíces en tu corazón! (*La besa afectuosamente en la cabellera, en la frente, en los ojos. De repente, queda con la mirada fija en un rincón del estudio.*) ¡Qué descuidada es esa muchacha!

MARGARITA, *sobresaltada.*

¿Por qué dices eso?

PEDRO

¿No ves qué tela de araña?... ¡Y qué araña más repugnante!

MARGARITA, *angustiada, pero dominándose.*

No, no veo nada.

PEDRO

Pues ahí la tienes... En tu hombro derecho. (*Margarita lleva su mano al hombro, instintivamente, con gesto de repugnancia.*) ¡Y grande como un demonio...! ¡Dale, que va a morderte!... Pero no; ¡no te muevas! Saltó a la mesa... ¡Cómo crece

y qué manera de mirarme!... Son sus ojos. ¿No ves?... ¡Sus ojos! (*Se aproxima, mirando fijamente un sitio cualquiera de la mesa.*) Pero no, no me importa, ¡Mírame! ¡Mírame! Nada conseguirás. Eres la mentira, la duplicidad, el egoísmo hecho carne, y te desprecio. (*Transición.*) Mas no, no puedo. Estás en mis fibras... en mis huesos. No puedo arrancarte de mí, sino arrancándome la vida. (*Pausa. Jadea, retrocede.*) No, no te acerques. No intentes saltar sobre mí, que te aplasto. (*Pausa.*) Ha huído. (*Buscando con ojos de extravío.*) ¿Dónde está?... ¿Dónde está?...

MARGARITA, *poniéndole la mano en los ojos.*

¡Pedro, mi Pedro, serénate! ¡Si no hay nada!

PEDRO

¡Sí! Ahora, no veo nada. (*Con misterio.*) Pero está ahí escondida, ¿sabes? Esperando que te vayas para volver... (*Cogiéndola fuertemente.*) No, no me dejes solo.

MARGARITA

No temas... Estoy a tu lado.

PEDRO

Gracias, Margarita. Ya me siento mejor. Tus dedos son dulces y sedantes. No los quites de mis ojos. ¡Que no la vea, que no la vea!

MARGARITA, *con tristeza.*

¡Ella, siempre ella! (*Retira las manos.*)

PEDRO, *dominada ya la alucinación, se sienta, se pasa la mano por la frente, mira a Margarita*

con ojos donde queda algo de turbación, y le dice con voz afectuosa:

Perdóname; no mereces este calvario. Mas, a pesar de él, no sabes lo que te quiero y lo dichoso que fuí al verte de nuevo a mi lado.

MARGARITA

¡No tanto como yo...!

PEDRO

Eres mi ángel bueno. (*Ella le besa.*) ¡Otro beso! Que tus labios, dulces y puros, son un bálsamo... Y perdóname que hable siempre de ella...

MARGARITA, *con esfuerzo sobrehumano.*

Habla, puesto que eso te alivia. ¡La tienes tan metida en la sangre!

PEDRO

Lo has dicho: en la sangre... Mas sólo en la sangre... nada más que en la sangre. Las frases que se me escapan, son a pesar mío... cuando yo no soy yo.

MARGARITA

Es lo mismo. Ya no tengo celos... Eres mi enfermo querido... y debo ser para ti tu mejor amiga, tu hermana... Cuéntame tus penas. Alivia tu corazón, confiándolo al mío.

PEDRO

Ya no es el corazón, Margarita. Sólo siento desprecio hacia ella.

MARGARITA

Quieres engañarte a ti mismo...

PEDRO, *con cierta exaltación.*

No lo dudes. Y eso, también, quiero arrancarlo; y lo quiero tanto, que si para conseguirlo es preciso morir, moriré.

MARGARITA

¡Eso, nunca! ¡Todo, antes que eso! (*Se inclina hacia él, dulce la palabra, el gesto acariciador. Pausa.*)

PEDRO, *que comienza a ser víctima de una nueva alucinación, pregunta súbitamente:*

¿Qué fiesta es hoy, Margarita?

MARGARITA, *echa una mirada al calendario y se sobresalta.*

Ninguna.

PEDRO

¿No oyes ese repicar de campanas y esas formidables salvas?

MARGARITA

No oigo nada.

PEDRO

¿De veras? (*Excitándose.*) ¿O es que vas a hacerme creer lo que se te antoje... que vas a tratarme como a un niño... que voy a ser un juguete en tus manos?

MARGARITA, *con tono de plegaria.*

¡Por Dios, Pedro!

PEDRO, *levantándose bruscamente.*

¿Qué os habéis figurado, tú y él, él y tú, que

voy a hacer cuanto os plazca? No, y cien veces no! No estoy enfermo, ni muchísimo menos, como pretendéis.

MARGARITA

Basta verte, para comprenderlo.

PEDRO, *cambiando el rumbo de sus ideas.*

¡Oh, esas campanas me aturden!... ¡Como si no pudieran voltearlas en silencio! (*Volviendo a su tema anterior.*) Y no saldré de Madrid, ¿sabes? ¿Quiénes sois vosotros para obligarme a ese viaje?

MARGARITA

¡Cálmate, por Dios, Pedro; cálmate!

PEDRO

¡Nadie manda en mí! ¡Nadie tiene fuerza para obligarme a hacer lo que no quiero!

MARGARITA

¡Nadie!

PEDRO

¡Nadie! ¿Lo oyes? Ni siquiera ella, que nunca ha logrado doblegarme a sus caprichos... No creas, pues, que voy a ser un muñeco que vais a mover a vuestro antojo.

MARGARITA, *con pena.*

No creemos nada. Sólo sabemos que te queremos bien y que estás enfermo.

PEDRO, *irónicamente.*

¡Enfermo! ¡Mejor que vosotros!... Pero ve a decir que se callen. No hay derecho a enloquecer así a la gente... ¡Y esos cañonazos, que parecen estallar en mi cabeza!...

MARGARITA

¡Pobre cabeza querida! (*Le tapa los oídos.*) ¿Y ahora, oyes?

PEDRO, *con desaliento.*

Igual, igual.

MARGARITA

Ya ves cómo sólo existen en tu imaginación.

PEDRO, *con sarcasmo.*

Te felicito. ¿Tú también eres del complot? No lo hubiera creído. Y después, dices que me quieres... Ahora, comprendo las mañas de que te has valido para arrebatarme mi único consuelo.

MARGARITA

Pero si tú mismo me lo has dado...

PEDRO, *con violencia.*

¡No es cierto! ¡Devuélveme la cajita!

MARGARITA

Sé razonable, hombre.

PEDRO, *cada vez más exaltado.*

¡Devuélvemela!

MARGARITA

Es tu perdición y tu muerte...

PEDRO, *furioso.*

¿Y a ti qué te importa? ¡Dámela!

MARGARITA, *resistiéndose.*

¡Te digo que no! (*Intenta salir. Él la ataja.*)

PEDRO, *amenazador.*

¡Dámela! (*Ella, rápida, se dirige a la ventana, la abre y tira la cajita a la calle. Pedro, sacudiéndola violentamente.*) ¿Qué has hecho, qué has hecho?

MARGARITA

¡Que me lastimas!

PEDRO

¡Infame! ¡Miserable! (*Transición.*) ¡Y esas campanas, esas campanas que no cesan! Ve a decir que pongan término a su volteo. ¡Ve! ¡Ve pronto, que voy a volverme loco si continúan taladrándome el cerebro! Pero ¿no vas? ¿No quieres aliviarme?

MARGARITA

¿Y me lo preguntas?

PEDRO

Sí. ¡Palabras!... ¡Palabras! Ve, te digo. ¡Ve!... ¡Ve! (*La empuja brutalmente. Cierra la puerta.*)

ESCENA VI

PEDRO, solo.

(*Pedro vuelve al centro del salón, y se deja caer en una butaca. La locura asoma a sus facciones. Está rendido, jadeante. Tras una breve pausa, reacciona, se ilumina su rostro y dice:*) ¡Ah! ¡Se me había olvidado! Tengo otra cajita. (*Va hacia uno de los cajones de la mesa, que registra febrilmente y la saca.*) ¡Qué dicha! (*Aspira un poco de cocaína con expresión de éxtasis.*) ¡Ya,

ya!... ¡Ya me encuentro mejor!... ¡Y esa manía de decir que estoy enfermo!... Si nunca me he sentido tan activo, tan fuerte... con tan buena salud. (*Va a cerrar la ventana, y mira un instante a la calle.*) ¡Que a veces los caballos me parecen pequeños como ratas, y los perros grandes como elefantes! Esas son rarezas debidas al malestar de mi vista, nada más. Pero, vamos, nunca he tenido más bríos, mayores disposiciones, un cerebro más dispuesto... ¡Y todas esas persecuciones, porque a veces tomo un calmante para evitarme un rato de sufrimiento! (*Aspira otro poco de cocaína.*) Como si este remedio divino hubiese nunca hecho daño a nadie. (*Ligero balanceo de cabeza tarareando sordamente, durante algunos instantes, con una o dos pausas, algo melancólico e incomprensible.*)

MARGARITA, *asoma por la cortina del fondo, sin ruido. Le mira con ternura y compasión.*

Canta, pobre mío, canta, que yo velo por ti. (*Deja caer la cortina.*)

PEDRO, *se fija en el calendario, que marca el 13 de diciembre. Un estremecimiento le sacude. Se levanta, adelantándose hacia el calendario.*

¡13 de diciembre!... Hoy es su santo... Todos irán... Todos, menos yo por primera vez, desde que la conozco. (*Escucha.*) ¿«Pedro»? ¿Quién dice «Pedro»? ¿Quién me llama tan quedo? ¡Ah... es su voz! Sí: te oigo. ¿No quieres que hable? Bien; pero ¿cómo has entrado? Ya sabía yo que vendrías, ¡Lucía!... ¿Por qué te desnudas? ¡Ah... tu cuerpo hermoso y palpitante! (*Se adelanta para cogerla.*) ¡Que no me mueva!... ¡Sí; la danza de

Salomé, como en los días felices!... ¡Cuánto tiempo que no me habías otorgado esa fiesta de arte y de amor que me embriaga!... No te cimbrees con ese ritmo de diosa, que esos lunares de tu espalda me enardecen aún más... Sí; más despacio, pero no me mires así, con esos ojos de mística lujuria que sólo yo te conozco. No entreabras tu boca turturante. ¡Basta, basta o no podré contenerme! (*Se dirige a ella con pasión, y súbitamente se detiene.*) ¿Que te marchas si me muevo? ¡No; no me moveré, pero abrevia mi delicioso martirio... ¡Ven, tú, ven! (*La estrecha entre sus brazos.*) Tus labios, tus labios de amor. (*Un beso largo.*) Levanta la cabeza. (*Con voz sofocada.*) Me ahogas... ¿Otro?... Sí, sí; pero no bebas toda mi sangre. Déjame unas gotas para quererte todavía... ¡Ven! (*La lleva al sofá donde se sienta, él a un extremo.*) Déjame respirarte... ¡El perfume de tu carne, que me hace temblar!... ¡El aroma de tu cabellera, que me enloquece!... ¡Qué dulces, tus manos, y qué ardientes, tus labios!... No te marches, no te marches todavía. ¡Morir en un beso tuyo... en una de tus caricias de fuego! Otra vez... Sí, otra vez tus labios de pasión antes de marchar. (*Un beso largo... medio inclinado sobre ella. Después, faltándole la respiración, incorpora el busto y se echa gradualmente hacia atrás, en el respaldo del sofá, con los gestos de la persona que no puede respirar.* ¡Me ahogo!... ¡Me muero!... ¡Me muero!... ¡Socorro!...

TELÓN

ACTO TERCERO

Saloncito sencillo. Al foro, una puerta que comunica con un gran salón. Otra, a la izquierda, que es la de entrada. Una amplia ventana, a la derecha, casi en primer término. En el balcón, una maceta con una palmera. En el rincón de la ventana, en primer término, una columna. En la pared, una jaula con un canario. Al fondo, del mismo lado, una chaise-longue. Delante, una mesita de trabajo cubierta con un tapete. Un lindo «bouquet» en el centro. Varias sillas. A la izquierda, una mesa de despacho de estilo antiguo con libros y objetos de escritorio propios para una señora. Un hermoso ramo de flores. Fondo izquierdo, en el rincón, un armario de luna un poco esquinado. Dos butacas. Un biombo.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA, y después JUANA

Lucía, sentada cerca de la ventana, lee un libro abierto sobre la mesa. De tiempo en tiempo, levanta la vista y mira por el balcón. De pronto, coge unos gemelos que están en la silla, a la izquierda de la mesa, y durante un instante observa atentamente. Vuelve a leer, algo de disgusto en el semblante. Después, toma la pluma.

JUANA, *entrando.*

Pero hoy, no se trabaja, señora. Es un día de fiesta y de alegría.

LUCÍA, *con cierta melancolía.*

De alegría... (*Mueve la cabeza como alejando una idea molesta.*)

JUANA

Y tanto. ¿No se resuelven todos los asuntos a su gusto? Hasta en los Ministerios se las apaña la señora para tener vara alta. (*Con malicia.*) ¡Qué buen amigo de usted es el señor Retama!

LUCÍA

¡Ya lo creo!

JUANA

¡Lástima no sea soltero!

LUCÍA

¿Qué dices?

JUANA

Yo me entiendo. (*Reparando en los gemelos, se aproxima al balcón, y mirando a través de los visillos.*) ¿No ha venido todavía a pasear la calle?

LUCÍA, *con disgusto.*

Por más que se lo prohibo...

JUANA, *terminando la frase.*

... El abuelo continúa portándose como un niño. (*Lucía, algo ensimismada, no contesta.*) ¡Ah, si yo tuviera la suerte de la señora, que todos los hombres se desviven por ella!... (*Lucía sigue abstraída y melancólica.*) ¡Vamos, vamos, ¡fuera esa melancolía!... Porque lo que es a mí no se me engaña...

LUCÍA

No te entiendo.

JUANA

¿Me permite la señora que le diga mi parecer?

LUCÍA

Lo dirás, aunque no te lo permita. Es tu costumbre.

JUANA, *protestando.*

Señora...

LUCÍA

Sí; en medio de todo, es natural. A ello te dan derecho los veinte años que llevas a mi lado, y que han hecho de ti, en muchas ocasiones, mi consejera y mi confidente.

JUANA, *con picardía.*

A medias, señora, a medias. (*Se ríe.*) Pues ahora... lo único que le falta a la señora, es casarse.

LUCÍA, *bromeando.*

¿De veras?

JUANA

Y tan de veras. Hace tiempo que lo viene pensando, y no se atreve.

LUCÍA

La lección fué tan dura...

JUANA

Pero esta vez (*Con intención.*), con lo que ya sabe la señora... Y no son pretendientes los que le faltan. Desde el señorito Luis, amigo de casa de toda la vida, hasta el señor Mirveches, que ya hace años la ronda. Con los dos, sería la señora coronela...

LUCÍA, *bromeando siempre.*

Y más tarde, generala.

JUANA

Pues ¿y don Jenaro? Algo entrado en años, es verdad, pero tan apuesto todavía, y, además, con auto. (*Lucía mueve negativamente la cabeza, con sonrisa algo forzada.*)

JUANA

Ya sé, ya sé. Por más que haga la señora por distraerse, y quiera engañarse y engañarme, no puede olvidar a don Pedro.

LUCÍA, *vivamente.*

Te equivocas.

JUANA

Entonces, ¿por qué continúa llevando recuerdos suyos? ¿Por qué cuida con tanto cariño esas palmeritas, que tendrá sus buenos diez años? (*Indicando la que está en el balcón, por fuera.*)

LUCÍA

No tantos.

JUANA

Cerca le andará. (*Sonriendo.*) ¿Y a qué vienen esas conversaciones en francés, para que yo no las entienda, que todas las mañanas mueve usted a «Quiquí»? (*Señalando al pajarito.*)

LUCÍA

¡Qué ocurrencias tienes!

JUANA

Sí; todos esos regalos son recuerdos de otros tantos días de su santo. Y los tiene usted en el salón, en el comedor... hasta en el dormitorio...

LUCÍA

No dirás que son los únicos.

JUANA

Cierto. Esta casa está llena de obsequios de sus numerosos adoradores. Pero no lo niegue la señora: al que quería de veras y al que quiere todavía, es a don Pedro.

LUCÍA, *dando término a la conversación.*

Cuando tú lo dices... (*Llaman.*) Si es alguien de la familia o algún amigo, que pase. Si es una persona de cumplido, que espere en el salón.

ESCENA II

LUCÍA *y* RETAMA

RETAMA, *entrando.*

¡Lucía!

LUCÍA

¡Cómo tú por aquí! (*Indicando la ventana.*) ¿No has visto la señal en el balcón?

RETAMA

Sí; pero no he podido contenerme. Sabiendo que estás sola, he subido para felicitarte.

LUCÍA, *riendo.*

¿No lo hiciste ayer?

RETAMA, *riendo también.*

Lo había olvidado.

LUCÍA

¡Ansioso! ¿Las horas de toda una tarde no te bastan?...

RETAMA

¡No me bastan, Lucía!

LUCÍA

¿Ni aún las que pienso regalarte las próximas fiestas de Navidad?

RETAMA

No me basta nada. (*Besa una de las manos de Lucía; después, el brazo desnudo.*)

LUCÍA, *retirando el brazo y señalando a la puerta, hace ademán de silencio, y dice:*

¡Qué niño eres!

RETAMA

Cada día estoy más loco por ti.

LUCÍA

También yo te quiero cada día más. (*Sonriendo, con un gesto de niña mimosa, y rozándole rápidamente la barba con una mano.*) Sobre todo, desde que te quitaste esa barba, que te afeaba y envejecía tanto.

RETAMA, *bajo la tenue caricia de Lucía, se estremece ligeramente, y con tono embelesado.*

¡Qué no haría yo para complacerte!... Desde nuestra última estancia en París y Niza, sueño contigo a todas horas, y quisiera estar siempre a tu lado.

LUCÍA

Por desgracia, no puede ser.

RETAMA

¿Aún tienes miedo a tu amigo?

LUCÍA

¿Todavía con eso?... Le temo por ti, no por mí. ¡Es tan arrebatado!

RETAMA, *con intención.*

¿Y por qué, si no tiene ningún derecho?

LUCÍA, *algo molesta.*

¡Ninguno!... ¡Ninguno! ¿Cuántas veces tendré que jurártelo?... ¡Qué imposible te pones a ratos!... ¿Has olvidado que por ti rompí esa amistad de tantos años?

RETAMA

A pesar de lo cual, siempre que te hablo de él...

LUCÍA

Por favor, ¡no insistas! Por última vez, te digo que sólo ha sido un buen amigo mío. Exigente y, a veces, celoso; pero nada más que un buen amigo... Al que quiero y siempre he querido, es a ti. (*Retama hace un ligero gesto de duda.*) ¿No recuerdas cuánto he hecho para burlar esa amistad, demasiado tiránica...?

RETAMA

¡Y el arte que te dabas para conseguirlo, cada vez que queríamos vernos o hacer alguna excursión! Pero, sin embargo...

LUCÍA, *enojada.*

¿Has venido sólo para eso? ¿Para hablarme de él?

RETAMA

Tienes razón. Perdóname. Ahora me voy. Volveré luego... cuando tengas visitas.

LUCÍA

¿Y no sería mejor que no volvieras? Ya nos hemos visto...

RETAMA

Mas, puesto que él no estará, ¿qué importa? ¿No venía él también, antes?

LUCÍA

¡Y dale!... ¡Bien!... ¡Haz lo que quieras!

RETAMA

No te enfades. Sabes que eres mi vida, mi ilusión...

LUCÍA, *nerviosa.*

Sí. Sí. Lo sé. Pero márchate. Va venir gente. (*Llevándole suavemente hacia la puerta.*) ¡Ah! Y gracias por tu regalo. Demasiado bueno.

RETAMA

Demasiado poco para ti.

LUCÍA

Y, además, todas estas flores, esta mañana... (*Señala las que están en las dos mesas.*) Sí, es demasiado. (*Se oye, débilmente, el timbre de la puerta.*) ¿No han llamado?

RETAMA

No he oído.

LUCÍA

Vete, vete pronto. No te acompaño. (*Sale Retama. Lucía queda sola unos instantes. Abre el balcón. Coge la palmerita y la pone en la columna que está en el rincón. Se para ante el canario, arregla un lazo de color que está prendido en la parte superior de la jaula. Habla al pájaro.*) ¡Quiqui! ¿Tu ne me dis rien, ce soir...? ¿Non? Tu es triste aussi, mon petit...

ESCENA III

LUCÍA y JUANA; enseguida, LUIS

JUANA, *entrando.*

Es el señorito Luis. (*Éste viene tras ella.*)

LUCÍA, *risueña.*

¡Dichosos los ojos!

LUIS, *en el mismo tono.*

Que os vuelven a ver.

LUCÍA

Me tienes olvidada. Hace ya meses de tu última visita.

LUIS

Bueno. ¿Tú me lo indicaste, y ahora me lo reprochas?

LUCÍA

No tanto.

LUIS

Me harás creer que para acertar en lo que quieres, hay que hacer todo lo contrario de lo que dices.

LUCÍA, *riendo.*

¡No tanto, tampoco! (*Se sientan cerca de la mesita; Luis dando casi la espalda a la chaise-longue, Lucía de frente a la puerta de entrada.*) Y pasando a otra cosa... gracias por tu lindísimo obsequio. Sabes que no quiero...

LUIS

No tiene importancia. Y me alegro encontrarte tan jovial.

LUCÍA, *formalizándose.*

No es oro todo lo que reluce; pero me he puesto tan contenta, al verte, que mis ideas grises volaron en seguida.

LUIS

¡Entonces, vendré a menudo, como antes...!

LUCÍA

Eso tampoco, Luis. Me perjudicaría. ¡Es la gente tan maliciosa! Pero la verdad es que desde la muerte de mi padre, estoy muy sola. Aquí, en la mesa, para pensar, para decidir... siempre sola.

LUIS, *bromeando.*

Así no tienes a quien llevar la contraria.

LUCÍA

No; hablo en serio. Créeme: la vida así es muy triste. La soledad me pesa mucho.

LUIS, *serio.*

Es porque quieres.

LUCÍA

No lo creas.

LUIS

Entonces, ¿por qué no aceptaste cuando te ofrecí unir nuestras dos soledades?

LUCÍA

Lo sabes.

LUIS

Pero puesto que habéis roto...

LUCÍA

Seguí tus consejos.

LUIS

¿Mis consejos?

LUCÍA

¡Cuántas veces no me has dicho que era muy poco o era demasiado! ¿Recuerdas tu segunda carta de La Coruña?

LUIS

Perfectamente.

LUCÍA

Sin embargo, sólo era una buena amistad.

LUIS

Muy honda, entonces; pero el nombre es lo de menos. (*Enciende un cigarrillo, y después de una ligera vacilación...*) ¿Y la ruptura no ha sido muy dolorosa?

LUCÍA

¿A qué decirte lo contrario?... Ciertamente que lo he sentido... Mas por fortuna, no tanto como yo temía.

LUIS

Es que en ti, la procesión anda por dentro, mientras que él...

LUCÍA

¿Qué le pasa?

LUIS

¿No lo sabes? Dicen que ahora se entrega a esos paraísos artificiales que están de moda.

LUCÍA, *con viveza y emoción.*

No puede ser.

LUIS

¿Ves cómo le quieres todavía?

LUCÍA

No es amor. Es un sentimiento de piedad. ¿Y le has visto?

LUIS

Hace poco. Está muy desmejorado, y ha envejecido mucho.

LUCÍA, *que se ha repuesto.*

Es inverosímil en un hombre tan fuerte. ¡Qué lástima!... Pero, en fin, todo aquello que durante años tú has encontrado excesivo, ya no es nada.

LUIS

Tantas veces me lo has asegurado...

LUCÍA

¿Tú también?... Esta vez es definitivo, créeme. (*Pausa.*)

LUIS, *va a buscar un cenicero de la mesa de despacho, y al sentarse, con cierta timidez, insinúa.*

Entonces, podríamos reanudar aquella conversación.

LUCÍA, *vivamente.*

No, ahora no, Luis... Te lo agradezco en el alma. Más tarde, quizás... no sé; pero por ahora, quiero seguir viuda.

LUIS

No será entonces tu soledad tan grande como dices.

LUCÍA

Sí; pero tiene su compensación en la libertad que me deja. (*Sonriendo.*) Los hombres sois tan tiránicos cuando os convertís en maridos...

LUIS, *en el mismo tono.*

Que prefieres que ninguno ascienda en grado y se queden todos en amigos.

LUCÍA

Tal vez sea preferible... Ahora... que tú serás siempre uno de los mejores, ¿no es verdad?

LUIS

El mejor. Conoces la solidez de mi cariño. Y si algún día cambias de parecer...

LUCÍA

Serás el primero en saberlo.

LUIS

Y el único...

LUCÍA, *sonriente.*

¿Ya con pretensiones?

LUIS

No; pero sí con afectos. Recuerda que antes de morir, tu santa madre te confió un poco a mí.

LUCÍA, *con asomo de emoción.*

No lo olvido. Y que me acompañaste también en los últimos momentos de mi pobre padre. De sobra, sabes que eres más que un amigo para mí.

LUIS, *con cierta vacilación.*

¿Me permitirás entonces que te diga algo que hace tiempo inquieta mi espíritu?

LUCÍA

¿Sobre qué?

LUIS

Sobre tu amistad con el señor que acaba de salir, al que con tanta gracia llamas tú «sub-se».

LUCÍA, *algo seria.*

¿Ya? ¡Cuánto has tardado! (*Reponiéndose, y con mimo.*) ¡No!... ¡Ahora, no! Amigos, sólo amigos.

LUIS

Pero a veces, el verdadero amigo tiene el deber de hablar. Y yo, por el cariño que te tengo, quisiera que supieses lo que dicen.

LUCÍA, *despectivamente.*

Los envidiosos.

LUIS

No sé. Yo que conozco bien tu habilidad, tu gran sentido práctico, tengo confianza en ti. Pero todos no miran con los mismos ojos ese afecto que casi ocultas, pues repetidas veces te han visto, sola con él, en sitios extraviados, y hasta en otras ciudades.

LUCÍA, *con indignación.*

¡Es falso! ¡Completamente falso! ¡Qué malo es el mundo!

LUIS

Creo que exageran; pero lo cierto es que son imprudencias muy grandes. Y lo más grave...

LUCÍA

¿Todavía más?

LUIS

Sí; es que aquellas imprudencias, que sólo podían atribuirse al cariño, cuando se trataba de Pedro, ahora, con tu «sub-se»...

LUCÍA

¿Qué? Dilo de una vez... acaba.

LUIS, *lentamente recalcando las palabras.*

Las atribuyen... a cálculo e interés.

ESCENA IV

Dichos y JUANA; después, la SEÑORA DE RETAMA

JUANA

¿Permiten?

LUCÍA

¿Qué hay, Juana?

JUANA

Una señora insiste en ver a usted.

LUCÍA

¿Quién es?

JUANA

Dice que la señora no la conoce, pero que tiene que hablarle urgentemente.

LUCÍA

¿Quién podrá ser? Que pase.

LUIS

Me marcho. Acaso mi presencia...

LUCÍA

No; espera. Tus últimas palabras necesitan una aclaración. (*En la puerta del foro aparece la señora de Retama. Aire resuelto. Gesto enérgico y un tanto agresivo.*)

SEÑORA DE RETAMA

Perdonen que les interrumpa. Es muy breve lo que tengo que decir, y me marcharé en seguida.

LUCÍA, *extrañada y altiva.*

¿Puedo saber a quién tengo el gusto de hablar?

SEÑORA DE RETAMA

Desde luego... ¿Conoce usted al señor Retama?

LUCÍA

No veo en qué puede interesarle.

SEÑORA DE RETAMA

Absolutamente en nada... No soy más que su esposa.

LUCÍA, *desconcertada.*

¿Y a qué debo el honor de su visita?

SEÑORA DE RETAMA

¿No lo sospecha?

LUCÍA

No.

SEÑORA DE RETAMA

Pues sin ninguna frase inútil, le diré entonces que, hace seis años, mi esposo tuvo la desgracia de encontrar en su camino a una mala mujer.

LUIS

Señora...

SEÑORA DE RETAMA

Le agradeceré no intervenga en este asunto. Es algo que tenemos que resolver esta señora y yo solas...; y usted, que será uno de sus varios amigos, debe figurar únicamente como testigo. (*Luis va a contestar con cierta viveza, mas se con-*

tiene y pasa a segundo término, renunciando a una embarazosa y delicada intervención.)

SEÑORA DE RETAMA

(*A Lucía, visiblemente nerviosa.*) Y esa mujer que encontró mi marido, usted la conoce, ¿no es cierto?

LUCÍA, *algo turbada.*

No sé qué quiere decirme.

SEÑORA DE RETAMA

¡Ah! ¿Necesita usted más claridad? Puesto que así lo desea, va a tenerla: la mujer a quien me he referido antes, señora, es usted...

LUCÍA

(*De pie detrás de la mesita, da un paso, amenazadora; después se detiene.*) Vea lo que dice.

SEÑORA DE RETAMA, *inmutable.*

Digo la verdad.

LUCÍA

Repare usted que está en mi casa.

SEÑORA DE RETAMA

A ella he venido, en este día, de fiesta para usted, en el cual mi marido no faltará, a decirle que es preciso que hoy mismo rompa las relaciones que mantiene con él.

LUCÍA, *que trata de conservar su sangre fría.*

Usted se equivoca, señora... Yo, para su marido, sólo tengo un gran agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí... Nada más.

SEÑORA DE RETAMA, *con ironía sangrienta.*

Y como no le gusta estar en deuda con nadie... se lo va pagando con creces... Ya sé...: favor con favor se paga... Así las personas... austeras, consiguen fácilmente cuanto quieren.

LUCÍA, *está a punto de estallar, pero consigue dominarse, y midiendo las palabras.*

Señora... si he podido vencer mi indignación y escucharla, es sólo en atención a quien es usted... Mas la paciencia humana tiene sus límites... Sin embargo, para su completa tranquilidad, le afirmo, le aseguro, que entre su marido y yo, sólo hay una buena amistad.

SEÑORA DE RETAMA

No se esfuerce usted (*Ligera vacilación.*) en mentir... pues es la única palabra exacta...

LUCÍA

¡Insultarme, y en mi casa, señora! No puedo tolerarlo más...

SEÑORA DE RETAMA

La verdad no es un insulto. Y ahora mismo, podría indicarle las iglesias, los cines, las casas donde suelen verse, las poblaciones donde saben encontrarse...

LUCÍA

¡Pero qué infundios son esos! ¡Dios mío ¿Quién la quiere tan mal para haberle dado informes tan falsos?

SEÑORA DE RETAMA

Por mi desgracia, no son falsos... Tengo pruebras irrebatibles; testimonios fehacientes... Y a pesar de todas las precauciones que suelen tomar, yo misma los he visto... yo misma, pues no se puede ocultar nada a una mujer justamente celosa... cuando quiere saber...

LUCÍA, *nerviosísima, haciendo un esfuerzo supremo, intenta buscar su defensa en una nueva táctica.*

Olvidaba que está usted enferma, señora...

SEÑORA DE RETAMA, *interrumpiéndola con una breve risa nerviosa.*

¡Enferma!... Eso lo dirán los dos como excusa indigna de su conducta.

LUCÍA, *se encoge ligeramente de hombros.*

Porque me consta, le perdono cuanto ha dicho... Algún día, tal vez, comprenda usted todo lo injusta que ha sido conmigo.

SEÑORA DE RETAMA, *sarcásticamente.*

¡Sí, sí, injusta! ¡Y además me perdona! (*Con altivez.*) ¡Usted me perdona! ¡A mí, que no he engañado a nadie!... ¡A mí, que no he destruído ningún hogar ni he hecho la desgracia de ninguna familia!... ¡Usted me perdona!... Sería cosa de reír si tanto valor y cinismo para invertir así los papeles...

LUCÍA, *ya no pudiendo contenerse más.*

¡Salga de aquí, señora!... ¡Esto es demasiado! ¡Todos me conocen!...

SEÑORA DE RETAMA

Sí, y mucho más de lo que usted cree y deseara. La reciben con sonrisas... pero a sus espaldas dicen que es... lo que es...: ¡Una santa... de vida ejemplar y pura... que siembra dichas por donde pasa!... ¡Una santa!... Y la estiman y la admiran todos... hasta los suyos... También a mí me consta. (*Lucía, descompuesta, va a llamar.*) ¡Llame, llame!... ¡Que sus criados se enteren... que se enteren todos... que venga el escándalo! Yo lo deseo... ¡Llame, que tengo que decirle otra cosa todavía!... Conozco sus amores con el señor Villacruz...

LUCÍA, *a quien el temor al escándalo contiene todavía, pero cuyo cerebro no rige ya por completo las palabras.*

¡Otra calumnia! (*A su amigo.*) ¡Otra calumnia, Luis!

SEÑORA DE RETAMA

Pero ¿es posible que lo niegue usted todo, todo, incluso lo que Madrid, está harto de saber? (*Exaltándose a medida que habla.*) ¿Calumnia, entonces, que usted ha llevado también la desdicha a esa casa? ¿Calumnia que los hoteles de Madrid, de provincias y del extranjero han cobijado sus amores clandestinos?...

LUCÍA, *medio trastornada, va amenazadora hacia la Señora de Retama. Luis, que durante esa violenta escena ha estado en el fondo, siguiendo sus diversas fases, avanza y contiene a Lucía, que dice:*

¡Sí; calumnia atroz! ¡Suéltame, Luis!

LUIS, *conteniéndola siempre.*

¡Lucía... que estás en tu casa! Y usted, señora... (*A la señora de Retama, con ruego en la voz.*)

SEÑORA DE RETAMA, *sin hacer caso de nada, y con más violencia.*

¿Calumnia también los viajes que mi marido ha hecho por usted y con usted? ¿Calumnia las semanas que acaban de pasar en París, él, con el pretexto de nuestro hijo, y usted...

LUIS

¡Por Dios, no se exalte de ese modo! Se lo suplico... que así no se adelanta nada.

LUCÍA, *a Luis.*

Pero ¿no ves que está loca? ¿No lo ves?

SEÑORA DE RETAMA, *a Luis, con la misma exaltación.*

Sí; loca de ver mi dicha destruída, y mi hogar infernado y deshecho por una coqueta y una intrigante a la que estoy decidida a quitar la careta...

LUCÍA, *a pesar de Luis, se lanza, descompuesta, hacia la señora de Retama.*

¡Fuera de aquí o no respondo de nada!

SEÑORA DE RETAMA, *consigue dominarse. Sin moverse de su sitio, y con tono donde se mezclan la dignidad y el desdén:*

No la tengo ningún miedo. (*Se cruzan, retadoras, sus miradas llenas de odio. Al fin, la seño-*

ra de Retama, con firmeza, aunque tembloroso el acento por la emoción contenida, termina.) Me voy porque le he dicho cuanto tenía que decirle. Mas sepa que si el temor al escándalo no la contiene, y no rompe en absoluto con mi esposo, llegaré hasta donde sea necesario, por mí, y por mis hijos... No lo olvide... (*Ya en la puerta e irónicamente.*) ¡Felicidades, señora! (*Hace una inclinación de cabeza y se aleja.*)

ESCENA V

LUCÍA y LUIS; después con JUANA

Lucía, presa de una violenta excitación nerviosa, cae más bien que se sienta en la chaise-longue. LUIS, *la contempla inmóvil, sin una frase de consuelo. Tras una breve pausa, dice al fin:*

Lo que temía ha sucedido.

LUCÍA

Pero ¿tú crees lo que ha dicho esa mujer, esa loca? ¡Es todo falso, de toda falsedad!

LUIS

Sosiégate. El mal está hecho. Hay que atajarlo.

LUCÍA

¿Qué mal? ¿Qué? Mi conciencia no tiene que reprocharse nada... nada... ¿No puede una tener amigos, dar un paseo, hacer una excursión, sin que todos lo interpreten torpemente?

LUIS

Dejemos ese tema. ¡Lo hemos discutido tantas

veces! Ahora, sólo hay que pensar en remediar lo que pudiera ser de consecuencias desagradables para ti.

LUCÍA

¡Dios mío! ¡Dios mío!

JUANA, *apareciendo en la puerta de entrada.*

¿Haría el favor, un instante? (*La llama, y en voz baja:*) La señora de don Pedro desea hablar con usted.

LUCÍA, *en el mismo tono y sobrecogida.*

¿Estás segura que es ella?

JUANA

Segurísima. Además, me ha dicho su nombre.

LUCÍA, *duda un segundo. Al fin, con un gesto de decisión.*

Que haga el favor de esperar en el salón; y en cuanto llame, la haces pasar aquí. (*Se retira Juana. Lucía vuelve adonde está Luis.*) Hoy es un día aciago para mí. Otra visita que no puedo eludir. Pero necesito hablar contigo larga y detenidamente. Ven mañana por la tarde.

LUIS, *vacilando.*

No sé si podré. La tengo comprometida.

LUCÍA

Hace un instante, no me hubieras contestado así. ¡Qué desgraciada soy! ¡Ven!... Te lo ruego. Quiero que sepas que merezco siempre tu amistad; que

no he hecho nada para perderla. Quiero, también... Es preciso que vengas. Tal vez sea ésta la hora decisiva de mi vida.

LUIS

Haré lo posible, pero no te lo aseguro. (*Se levanta y se despide, sin poder dominar la impresión que ha dejado en su ánimo la escena anterior. Lucía le acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA VI

LUCÍA, sola; después, con MARGARITA

Lucía vuelve despacio al centro de la escena, parándose dos o tres veces. Pasa una mano por su frente, serenándose. Llega hasta el balcón, y mira hacia fuera, sin ver nada. Reflexiona. Pone la mano en el timbre. Se detiene y se dirige al armario de luna, para arreglarse un poco el tocado. Llama. A poco, aparece Margarita en la puerta de entrada, temblorosa, con expresión de angustia infinita, vacilando aún entre pasar o volverse atrás. Lucía, también emocionada, pero más dueña de sí, la invita a entrar.

LUCÍA

Pase usted, señora. (*Margarita entra. Momentos de silencio.*) Haga el favor de tomar asiento.

MARGARITA, *con voz velada por la emoción.*

Gracias. Lo que tengo que decirle es breve.

LUCÍA

La escucho.

MARGARITA

Entre las dos toda explicación huelga. Mi visita

no es para la rival. (*Lucía tiene un ademán que indica que la palabra la ha herido.*) Y perdone la palabra, pues no quiero pronunciar ninguna que pueda herirla. Mi fin es muy distinto. Vengo a ver a la mujer que ha amado a un hombre... (*Lucía hace un gesto de protesta. Margarita le ataja y sigue.*) y que tal vez lo ama todavía, para decirle: «Ese hombre se muere.»

LUCÍA, *sacudida por una violenta emoción que quiere ocultar.*

¿Qué dice usted?

MARGARITA

La verdad. Pedro se está envenenando lentamente. Le acechan la locura y la muerte.

LUCÍA

¿Es posible? ¿Tan grave está?

MARGARITA, *con una exaltación febril y contenida, que acaba casi en sollozo.*

¿Puede dudarlo, señora, cuando me ve usted aquí, pidiéndole su ayuda? ¡Ah!, no sé cómo le ha querido usted, pero yo le quiero por encima de mi razón, por encima de mi orgullo, por encima de mi dignidad; y así he podido venir hasta aquí para rogarle, y si fuera preciso, para suplicarle que me ayude a salvarlo. (*Sufre un ligero vahido. Se apoya con una mano en la mesa.*)

LUCÍA, *adelantándole un sillón.*

Siéntese, señora.

MARGARITA, *repuesta y aparentando decisión.*

No. No es necesario. Gracias... Esa es la súplica que he venido a hacerle. ¿La atenderá?

LUCÍA, *turbada, no sabe qué contestar; por fin, lentamente.*

Usted sabe que todo terminó entre nosotros... Tal vez, no debiera ya intervenir en su vida... para nada.

MARGARITA

¿Ni aún para impedir que se mate, cuando de usted depende evitarlo? (*Con amargura.*) ¡No le ha querido usted nunca!

LUCÍA

Ya no queda nada, señora. Aquello fué... y pasó.

MARGARITA

Pronto ha sido. Pero, en fin, ¿le odia usted? (*Lucía no contesta.*) Porque si es así, sólo me quedará la amargura de haberme humillado en vano. (*Vuélvese, desesperada, para marcharse.*)

LUCÍA, *en un impulso que no puede reprimir.*

¡Señora! (*Margarita, se detiene y la mira ansiosa.*) No. Odiarle, no. Pero la situación es tan difícil... Me sorprende tanto... Hay tantas cosas que nos separan ya... que ignoro si tengo la influencia que usted me atribuye.

MARGARITA

No lo dude. La tiene. (*Con esfuerzo.*) La tiene siempre... (*Con gran esfuerzo.*) Muy grande... No vacile usted. Si ya no es por amor, en recuerdo del mismo, por caridad.

LUCÍA

No sé qué contestarle. ¡Me encuentro tan conmovida por cuanto usted me dice!... Todo había muerto ya, mas para responder a la nobleza de su acto, estoy resuelta a ayudarla y a sacrificar cuanto sea preciso, a fin de salvarlo, puesto que usted cree que puede contribuir a ello.

MARGARITA

Dios le pagará ese rasgo. Y si lo consigue... (*Con voz apagada y lentamente.*) alguien también le perdonará todo el mal que haya podido hacerle... (*Se dirige a la salida; Lucía la acompaña. Al llegar a la puerta, se miran un segundo sin decir palabra. Al fin, Margarita, conteniendo, a duras penas, su emoción, articula:*) Gracias, señora, por haber accedido a mi ruego.

LUCÍA

Gracias, también, por habérmelo hecho.

ESCENA VII

LUCÍA y JUANA

Lucía queda inmóvil en el dintel de la puerta, hasta ver desaparecer a Margarita. Después, vuelve al centro de la escena, se sienta, apoya los codos sobre la mesa, la cabeza entre las manos. Se ve el agitado respirar de su pecho. Un tumulto de pensamientos se cruza por su cerebro. Acaso

las lágrimas asoman a sus ojos. Al fin, se domina. Se levanta lentamente y se dirige al timbre, que oprime. A poco, aparece Juana.

LUCÍA

Baja y pide comunicación con don Juan. Que acuda personalmente al aparato, y dile, de mi parte, que me he puesto algo enferma, y le ruego no venga esta tarde.

JUANA

Voy en seguida. Pero antes, permítame la señora le advierta que don Pedro está aquí, hace ya un rato.

LUCÍA, *sobrecogida.*

¡Pedro!... Pero ¿es posible?

JUANA

Al indicarle que la señora tenía una visita, ha pasado al comedor, donde espera que la señora esté sola.

LUCÍA

¿Cerraste las puertas?

JUANA, *con suficiencia.*

¿Lo duda la señora? Y me he estado con él, haciendo no sé qué, hasta que he comprendido que la visita se había marchado... ¡Qué grave está la señora! ¿Ocurre algo?

LUIS

No te preocupes. Ve ahora a dar ese aviso. Esta noche te lo contaré. (*Se oye un ruido de pasos.*)

JUANA

Ahí viene. (*Mutis.*)

LUCÍA

Dios lo ha traído.

ESCENA VIII

LUCÍA y PEDRO

Pedro aparece en la puerta de la izquierda. Algo de extravío en su semblante, y de automático en sus movimientos. Lucía se dirige a él cordialmente, tendiéndole las manos.

LUCÍA

¡Qué sorpresa!

PEDRO

¿Desagradable?

LUIS

¿Cómo puedes preguntarme eso, tú, tan observador? ¡Qué bien has hecho en venir!

PEDRO

Fué a pesar mío.

LUCÍA

¿Cómo es eso?

PEDRO

Al fijarme en el calendario y ver que era tu santo, no sé qué pasó por mi cerebro, y salí de casa jurándome que no vendría. Lo he estado diciendo durante todo el camino, que fué largo, pues no recuerdo por dónde he venido, y jurándolo, me

he encontrado a tu puerta, sin saber cómo había llegado.

LUCÍA

Entonces... el que ha venido no es Pedro, es un autómata.

PEDRO

No lo sé yo mismo.

LUCÍA

Pues yo, sí. Es un acto digno de tu carácter. Has querido demostrarme que, a pesar de todo el daño que involuntariamente nos hemos hecho, conservas para mí una buena amistad.

PEDRO

No sé..., no sé.

LUCÍA

¿Habrás venido, quizás, para amargarme mi santo?

PEDRO

Eso, nunca.

LUCÍA, *con alegre decisión.*

Pues entonces... en este breve paréntesis que has abierto, me permitirás que te trate como a una visita de gran confianza, ¿no?

PEDRO

¡Qué cosas tienes!

LUCÍA, *le coge las manos, cariñosa e infantil. Le lleva a una butaca, y se sienta en otra junto a él.*

Ante todo, dígame el señor visitante, por qué ra-

zón tiene tan mala cara... Porque, de veras, no estás para conquistas.

PEDRO

Ni las deseo. No es nada de cuidado. Un poco de cansancio.

LUCÍA

Pues no, señor. ¡No es eso! ¡A mí, no se me engaña! ¡Tú estás haciendo alguna locura!

PEDRO, *amargamente.*

Y aunque así fuese, ¿qué te importaría? Pero no, no hay tal. Es sólo cansancio.

LUCÍA

¡Vamos! ¡No seas niño! ¿Tú crees que desde tu enfermedad dejé de enterarme de lo que hacías y del estado en que te hallabas?

PEDRO

¿De mi enfermedad?

LUCÍA

Sí. En cuanto me lo dijeron, decidí ser tu enfermera, si tú no te oponías.

PEDRO

¿De veras?

LUCÍA

Iba a arrostrarlo todo por ti, cuando supe que estabas perfectamente atendido, y tan pronto como estuviste fuera de peligro, me alejé... para ver de olvidar...

PEDRO, *con amargura.*

Lo conseguirías fácilmente.

LUCÍA, *dirigiéndole una mirada de reproche.*

A los tres meses volví, y, desde entonces, no he dejado de enterarme de lo que hacías y del estado de tu salud; de modo que lo sé «todo». (*Subrayando la palabra.*)

PEDRO

¿Y qué es ese «todo»?

LUCÍA

Una futesa: Que el señor, terco que terco, se está suicidando lenta, pero seguramente.

PEDRO

Exageraciones.

LUCÍA

No niegues, que no sabes mentir. Y tan cierta estaba de ello, que deseaba ardientemente hablarte. De seguro, ha sido la vehemencia de este deseo quien te ha traído.

PEDRO

¡Quién sabe! Pero ¿es verdad lo que dices?

LUCÍA

Tanto que si no llegas a venir, yo misma hubiera hecho por encontrarte uno de estos días.

PEDRO

¿Y con qué fin?

LUCÍA

Para decirte que eres un niño grande, grande, grande... Y que tienes que detenerte y curarte.

PEDRO, *con tono y ademán, que indican a la vez la desilusión, la duda y el desaliento.*

¿Para qué?

LUCÍA, *con calor y convicción crecientes.*

Para proseguir tu camino en la vida. Para ser otra vez aplaudido y aclamado. Para dar vida a las creaciones de tu mente privilegiada.

PEDRO, *sorprendido.*

¿Qué lenguaje es ese? No te conozco.

LUCÍA

Y soy siempre la misma.

PEDRO

Entonces, ¿por qué combatías, antes, mis ideas cuando yo pensaba en voz alta delante de ti?

LUCÍA

Deseos de oírte.

PEDRO

Y de contradecirme siempre.

LUCÍA

Tal vez. Pero en el fondo, te admiraba y te admiro. Y no tienes derecho a nublar, y menos a apagar voluntariamente, ese cerebro que tantas cosas buenas y grandes puede pensar y realizar.

PEDRO

Ese era mi sueño. Crear belleza, hacer el bien; pero ya no tengo energías para nada ni deseos de nada; y lo que es peor: fe en nada ni en nadie. El mundo, que creía bueno, ahora me parece duplicidad y egoísmo. Desconfío de todo y de todos.

LUCÍA

Pues ahora es cuando te equivocas. Créeme. Sé optimista como antes. Muchas veces, parecemos malos y no lo somos. Son las circunstancias que nos obligan a ello. El alma se subleva, pero la vida es tan dura, tan fría, tan implacable. (*El la escucha entre extrañado y complacido.*) Parece mentira que tú, psicólogo tan agudo, no veas que en mil ocasiones, bajo actos que parecen censurables, hay un corazón bueno, intenciones puras, y que, tras un lodo aparente, existen almas de nieve que merecen siempre la misma confianza.

PEDRO

¡No te conozco ya! Pero me alegra verte convertida a mis ideas de tolerancia y bondad, tú, antes tan severa y rígida para los demás... Por eso que he sabido ver, he podido perdonar muchas cosas.

LUCÍA, *impulsiva.*

¡Si no tienes nada que perdonarme!

PEDRO, *vacilando.*

No hablo de ti. (*Pausa.*) Mas dejemos ese tema, ¿quieres? Es demasiado melancólico, y en este día, para ti de fiesta, hay que desterrar toda idea gris. Sigamos cada uno nuestro camino... No

sé cómo he venido, pero sé que tengo que marcharme. Hay que cerrar este paréntesis. (*Se levanta.*)

LUCÍA, *levantándose también.*

Siempre duro e inflexible. Nada hace variar tus decisiones. Pero, dime, si por ti no quieres curarte, ¿lo harías por mí?

PEDRO

¡Qué te importa a ti eso! Para ti, al fin y al cabo, mi desaparición sería un bien: la conquista de una libertad moral absoluta... y tal vez... un alivio involuntario e inconfesado, pero real...

LUCÍA, *tapándole la boca con la mano.*

¡No continúes! ¡No aumentes las nubes que a intervalos obscurecen del todo mi cerebro!

PEDRO

¡Tú también! ¿Tú también sufres? ¿Tú también tienes sombras? (*Con exaltación.*) ¿Quieres, entonces, que nos marchemos juntos?

LUCÍA

¿Qué quieres decir?

PEDRO

Sí... (*Cogiendo febrilmente las manos de Lucía, y con tono apasionado.*) Un momento de decisión, en un beso que no termine nunca, partamos para el eterno viaje.

LUCÍA

¡Loco, más que loco!... Eso lo dices ahora, porque no estás en tu centro. ¡No! Para decir adiós a la vida de ese modo, no cuentes conmigo.

PEDRO, *soltando las manos de Lucía, y amargamente.*

Lo sabía.

LUCÍA

No sabes nada. No quiero que mueras. Quiero, por el contrario, que vuelvas a ser fuerte y dichoso.

PEDRO

Esa palabra ya no tiene sentido para mí.

LUCÍA, *poniéndole una mano sobre un hombro, y estrechándole la otra, le mira un instante como queriendo leer en su pensamiento, y añade:*

Tú, tan noble y generoso, ¿me guardas rencor? ¿El tiempo no ha borrado nada? (*Pedro asiente con la cabeza.*) Sí, ya veo; ha borrado tu cariño, y ya no soy nada para ti.

PEDRO

Ese es terreno vedado para siempre. En este instante (*Con ironía llena de melancolía.*) no soy más que un amigo de gran confianza, como tú dices. Y después de haberte felicitado, sólo me queda retirarme. (*Se dirige a la puerta.*)

LUCÍA, *cerrándole el paso.*

¡No, y no! Dios te ha traído aquí, y te guardo.

PEDRO

¿Prisionero?

LUCÍA

Tal vez. Pero, sobre todo, para decirte, que si

todavía me quieres un poco, si aún soy algo en tu pensamiento, debes poner fin a esa insensatez.

PEDRO

Por eso es quizá por lo que debo continuarla. (*Hace un ademán con la mano como ahuyentando algo en el aire.*) ¡Vaya un moscardón molesto! ¡Y qué ruido hace!

LUCÍA, *que no ve nada.*

¿Dónde está?

PEDRO

¿No lo ves? (*Señalando un punto de la sala, a la derecha.*) ¿No lo oyes? Déjame abrir el balcón. (*Lo abre.*) Ya se marchó. ¿Has visto qué grande?

LUCÍA, *dándose cuenta de que es una alucinación, turbada, le coge por el brazo, y le lleva cariñosamente hacia la chaise-longue, resuelta a emplear todos los medios para vencer la resistencia de Pedro.*

Ven acá. Siéntate a mi lado.

PEDRO, *se resiste.*

No, no.

LUCÍA

Como quieras. (*Se pone frente a él, apoyando las manos en sus hombros.*) Pero óyeme al menos, enfermo voluntarioso y rebelde. ¡Tienes que cuidarte! ¡Tienes que cuidarte, y en seguida! Sí; mírame bien, y lee en mi alma... ¿No ves que si tú te mueres... yo enloqueceré o me moriré de pena?

PEDRO, *dudoso y hosco.*

Pero ¿es verdad lo que dices?

LUCÍA

¿Y lo dudas? ¿Lo has dudado? ¡Qué poco me conoces!

PEDRO

¡Tan complicada eres!... ¡Más que una mujer!...

LUCÍA

¿Qué soy entonces?

PEDRO, *sonriendo dolorosamente.*

Eres... eres Lucía.

LUCÍA

Pues Lucía te repite que si te matas así, voluntariamente, ella no podrá ni querrá sobrevivirte. Si esto no te importa, o si es esto lo que buscas, puedes continuar. (*Retira las manos de sus hombros, y se aleja un poco.*)

PEDRO, *se aproxima a su vez.*

Repítelo.

LUCÍA

¿Para qué? ¿No lo ves? ¿Has perdido la costumbre de leer en mis ojos?

PEDRO, *le coge la cabeza entre sus manos, mirándola a los ojos.*

¡Repite que si me muero te morirás de pena!

LUCÍA

¿No lo ves, no lo ves? (*Sus cabezas se aproximan. Un beso brusco y de pasión. Después, Lucía, triunfante.*) ¡Por fin, has leído!...

PEDRO

¡Una locura! ¡No puede ser! ¡No debe ser!

LUCÍA

Porque tú no querrás.

PEDRO

¡Ah! Lo que yo quiero. ¡Lo que hubiera querido! ¡Pero no! Sería para atormentarnos de nuevo. Te amo demasiado, y tú no me amas bastante.

LUCÍA, *lo hace sentar a su lado en la chaise-longue.*

Escúchame... Un momento. En estos meses tan largos, he tenido tiempo de analizarme. ¿Y sabes lo que he encontrado en todas las fibras de mi corazón? Que todas ellas te pertenecen... Todas. En ellas, sólo he hallado un nombre: el tuyo.

PEDRO

Eso...

LUCÍA

No. No hables... Ten calma... Y puesto que tú también me quieres como antes, he resuelto sacrificarte todo lo que te preocupa.

PEDRO

Sí... recuerdo...

LUCÍA

¡Ten calma, te lo ruego! Te aseguro que «todo»... (*Recalcando la palabra.*) Esta vez, tú no lo has pedido, y yo voy a hacerlo para que seas dichoso... si es tu dicha saber que soy tuya, incluso en los pensamientos más nimios.

PEDRO, *como acariciando un sueño imposible de realizar.*

¡Sería tan hermoso!...

LUCÍA

Y será. Aunque no tengo ningún motivo, y me juzguen mal, esta misma tarde voy a romper definitivamente con todas esas amistades... ¿Quieres dictarme, tú mismo, las cartas? (*Pedro, con la cabeza, dice que no.*) Pues te las daré antes de mandarlas para que las veas.

PEDRO

No quiero ver nada. Una pasión como la nuestra, sólo puede descansar en una confianza ilimitada. Puesto que así me lo afirmas, quiero creer en ti, otra vez, como en mí mismo. Como en la Virgen. ¿Recuerdas?

LUCÍA

Sí. ¡Y puedes!...

PEDRO, *besándole las manos.*

¡Qué inestables y frágiles somos! ¡Qué poco vale, en ciertos momentos, la voluntad mejor templada!...

LUCÍA

No... Esa voluntad nos servirá ahora para edificar nuestra dicha en bases indestructibles.

PEDRO

Indestructibles tienen que ser las de nuestr pasión, cuando han salido triunfantes de una prue ba tan dura.

LUCÍA

¿No me dijiste, una vez, que sólo los grande amores resisten las grandes tempestades? El nues tro es de esos. Pero ya, en cuanto de mí dependa únicamente habrá sol en nuestro cielo, y de ho en adelante, a cada momento de mi vida, quier poder decir: «Si viera lo que hago, si supiera l que pienso, estaría contento».

PEDRO

Si así lo haces, Lucía, no habrá felicidad bastante en el cielo para nosotros.

LUCÍA

Lo mismo creo; pero para disfrutarla plenamente, es indispensable una cosa que te falta.

PEDRO

¿Cuál?

LUCÍA

La salud.

PEDRO

La tendré. Me has dado el mejor, el único remedio para recobrarla. Yo haré lo demás.

LUCÍA

¿Tu palabra?

PEDRO

La tienes.

LUCÍA

Entonces, estoy tranquila. ¡Cuánto voy a quererte! (*Va a la mesita de al lado, escoge una de as más hermosas flores, y al colocarla, cariñoa, en el ojal de la americana de Pedro, pregun-a:*) ¿Hace mucho tiempo que no ves a Ricardo?

PEDRO

Esta mañana.

LUCÍA

¿Qué te aconseja?

PEDRO

Que le acompañe en un largo viaje de recreo que va a emprender.

LUCÍA

Hazlo así. Marcháos los tres.

PEDRO

¿Los tres?

LUCÍA

Sí.

PEDRO

Sería demasiado tiempo sin verte.

LUCÍA

¿Y tú crees que soltaré así al prisionero de su palabra? (*Jovialmente.*) ¡Quiá! No me conoces bien. En todas las poblaciones donde os detengáis, allí estaré yo para vigilar, de lejos, a mi querido enfermo.

PEDRO

¿De veras?

LUCÍA

Sí. También yo necesito reponerme, y esa excursión me sentará admirablemente.

PEDRO

¡Qué bien disfrazas tu rasgo de cariño! No sé cómo voy a quererte ya.

LUCÍA

Sí... quiéreme mucho. (*Se refugia, mimosa, en sus brazos. El la besa en los cabellos, en la frente.*) ¡Qué bien estoy aquí, protegida y amada por mi Pedro!

PEDRO

Para siempre, esta vez, ¿no?

LUCÍA

Para siempre. (*Se oye llamar. Inmediatamente, una doncella que anuncia.*)

ESCENA IX

DICHOS, una DONCELLA y el SEÑOR RETAMA

DONCELLA

El señor Retama.

LUCÍA

Dile que no puedo recibirlo.

RETAMA, *que entra detrás de la doncella, ve a Lucía y a Pedro, uno cerca del otro, y dice irónicamente:*

Dispensa. Te creía sola.

PEDRO, *que a la presencia de Retama siente renacer toda su desesperación, se levanta con aire de extravío y exclama:*

¡Él!

LUCÍA, *le contiene suavemente, y dirigiéndose a Retama, responde:*

Ya lo ve. No lo estoy. (*Pedro quiere desasirse.*)

PEDRO

¡Deja!

LUCÍA, *con decisión, a Retama.*

Ni volveré a estarlo.

PEDRO

¡Deja! Quiero estrecharle... estrecharle la mano. Nunca volveré a tener igual oportunidad.

RETAMA, *prudentemente, fingiendo no oír a Pedro.*

A los pies de usted, señora. (*Vase.*)

ESCENA FINAL

LUCÍA y PEDRO

LUCÍA, *intentando bromear.*

Estaba de Dios. Así no tendré que escribirle.

PEDRO, *exaltándose.*

¡Déjame, Lucía! ¡Déjame! ¡Déjame salir!

LUCÍA, *sujetándolo siempre, y con voz y mirada de ruego y cariño.*

No... Quédate conmigo... Cálmate, Pedro.

PEDRO, *después de una pausa durante la cual trata de dominar su turbación creciente.*

Tienes razón... Debo serenarme. (*Con voz menos exaltada y llena de pasión.*) ¿Nadie nos separará ya, Luz mía?

LUCÍA, *rodeándole el cuello con sus brazos y con intenso amor.*

Nadie.

PEDRO

Ese hombre... tu perdición, ¿nunca más?

LUCÍA

¡Nunca! Mi vida eres tú, y no quiero que sufras.

PEDRO, *de quien se va apoderando la locura.*

Aunque huyó, como siempre, volverá. (*Víctima de una nueva alucinación, lo ve en la puerta de entrada. Con una mano, coge a Lucía, con la otra señala la puerta, los ojos dilatados por la locura y el odio.*) Míralo, ahí lo tienes. (*Intenta dirigirse al lugar donde le supone.*)

LUCÍA, *deteniéndolo.*

No te alejes... No te apartes de mí... que me matas.

PEDRO

¡Otra mentira! (*Ríe como un loco.*) ¡Os reís de mí! ¡Os burláis de mí! (*Cada vez más exaltado.*) ¡Estáis de acuerdo para engañarme como otras veces, como siempre, como siempre!

LUCÍA

No, Pedro; no.

PEDRO, *súbitamente, se queda mirándola con extraña fijeza.*

Y tú, ¿quién eres?

LUCÍA, *angustiada, llena de terror.*

Tu Lucía. ¿No me conoces?

PEDRO

¿Lucía? ¿El egoísmo hecho carne, la mentira y el engaño personificados? ¡No! Tú no eres ella. Tú eres buena, diáfana, sincera. Tus ojos son puros. A ella, la odio, y a ti, te adoro. Te adoro como un loco.

LUCÍA

¡Dios! ¡Qué suplicio tan horrible!

PEDRO, *llevándola hasta la chaise-longue.*

¿Suplicio que yo te ame, que te ame como un loco?

LUCÍA

¡Verte sufrir de esa manera!

PEDRO

¿Sufrir? Ya no sufro. Ya estoy contento. Ya soy dichoso. (*Sentados en la chaise-longue, él la aprisiona entre sus brazos.*) ¿Nunca más, verdad?

LUCÍA

Mi existencia toda para ti.

PEDRO

¡Tu existencia...! ¡Tu existencia...! (*Sus manos

han ido subiendo en una caricia lenta, febril, hasta la garganta, que acaricia más largo. De repente, en un acceso de enajenación, aprieta.)

LUCÍA, *intentando separar las manos de Pedro, ahogándose.*

¡Suelta!... ¡¡Juana!!...

PEDRO, *con una risa de loco, apretando más.*

Sí... Sí...

LUCÍA, *estertóreamente.*

¡Pe... dro...! (*La locura, multiplicando las fuerzas de Pedro, cumple su obra. Lucía ya no puede gritar, y sus manos, al fin, caen desplomadas, inertes. Pedro, que continúa en la locura, sin darse cuenta de la realidad, se arrodilla ante Lucía, tendida en la chaise-longue, muerta, la acaricia, y con voz dulce y apasionada.*) ¡Qué felices vamos a ser...! ¡Mi vida, mi vida! ¡Nunca más! ¿Verdad? ¡Nunca más!... ¡Qué felices vamos a ser...! (*Sigue besándola, acariciándola febrilmente, ansiosamente, mientras cae lentamente el*

TELÓN

DEL MISMO AUTOR

	Pesetas
La psicología y el lenguaje (agotado).	
Estudio sobre la voluntad (agotado).	
Amor y Voluntad (novela) (agotada).	
Cómo hablan en las trincheras (prólogo de Enrique Gómez Carrillo. Indispensable para cuantos se interesan a la literatura francesa contemporánea. Vendido a beneficio de la Cruz Roja francesa) (agotada).	
L'argot du poilu	4,00
Lo del oro extranjero (210° millar)	0,40
Los factores de la contienda (259° millar, traducido al holandés, al sueco y al árabe)	0,30
Poschman, símbolo (32° millar)	0,30
El mito hindemburiano	0,30
Dicen que la raza latina ha muerto	1,50
¿La inferioridad de la ciencia francesa? (prólogo de L. Torres y Quevedo)	3,50
¿Es usted latino?	0,75
Dijo el coronel Pedro	3,50
Hechos e ideas (colección de crónicas y artículos)	3,50
Vouloir	6,00

TEATRO

Por el honor (comedia dramática en dos actos, estrenada en el teatro Benavente)	2,00
El compañero Parisot (comedia de costumbres, en tres actos. En colaboración con J. Ruiz-Conejo)	2,00
Voz Suprema (drama en tres actos. En colaboración con J. Ruiz-Conejo. Estrenada por el señor García Ortega en el teatro de Eslava, de Madrid)	2,00
El otro hijo (adaptación de la comedia dramática de Pierre Decourcelle, «L'Autre fils», estrenada por la compañía Palou-Sasonne	2,00
Por su amor (drama histórico en tres actos)	3,00

EN PREPARACIÓN:

VIBRATIONS

(POESÍAS)

CATEDRÁTICA Y AMANTE

(NOVELA)